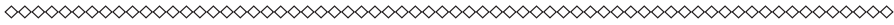




# OBISPO





## OBISPO

## HOMILÍAS

**Celebración de la Virgen del Pilar Patrona de la Guardia Civil**

Catedral de Ourense, 12 de octubre de 2019.

*Excmo. Cabildo Catedralicio*

*Excmas. e Ilustrísimas Autoridades*

*Saludo con cordial afecto a los Jefes, Mandos y miembros de la Guardia Civil y de las demás Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado aquí presentes.*

*Familiares de los hombres y mujeres de la Guardia Civil*

*Hermanos y hermanas.*

*“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?” (Sal 26)*

Así hemos rezado con el Salmo en esta liturgia del día de la fiesta de la Santísima Virgen del Pilar, Fiesta Nacional y Día de la Hispanidad, como le gustaba llamarla a san Juan Pablo II. Rezar con la Palabra de Dios es para nosotros un camino que nos ayuda a buscar la serenidad, la paz y la esperanza en medio de la sociedad y entre nuestros contemporáneos que tantas veces caminan en la oscuridad, es no sólo una necesidad urgente, sino también un servicio a todos aquellos que andan en tinieblas. La fe cristiana no es una adormidera, ni una creación fantástica, ni un producto cultural propio de una época pasada. Si así fuese, después de tantas vicisitudes adversas a lo largo de los siglos, la fe cristiana hubiera desaparecido de gran parte de la tierra. Ni las persecuciones clásicas de los primeros siglos de la expansión del cristianismo, ni la revolución de 1917, ni la mexicana, ni la llevada a cabo en nuestra querida España en la década de los años treinta del siglo pasado. La persecución y acoso moral al catolicismo sigue siendo una realidad muy actual a la que todos debemos hacer frente porque se trata de proteger uno de los derechos fundamentales del ser humano que es la libertad religiosa. En este sentido, ya el anciano papa Benedicto XVI en un discurso al Cuerpo diplomático, acreditado ante el Vaticano, manifestaba:

*A este respecto, se comprende que una labor educativa eficaz requiera igualmente el respeto de la libertad religiosa. Ésta se caracteriza por una dimensión individual, así como por una dimensión colectiva y una dimensión institucional. Se trata del primer derecho del hombre, porque expresa la realidad más fundamental de la persona. Este derecho, con demasiada frecuencia y por distintos motivos, se sigue limitando y*

*violando (...). En muchos países, los cristianos son privados de sus derechos fundamentales y marginados de la vida pública; en otros, sufren ataques violentos contra sus iglesias y sus casas. A veces son obligados a abandonar los países que han contribuido a edificar, a causa de continuas tensiones y de políticas que frecuentemente los relegan a meros espectadores secundarios de la vida nacional. En otras partes del mundo, se constatan políticas orientadas a marginar el papel de la religión en la vida social, como si fuera causa de intolerancia, en lugar de contribuir de modo apreciable a la educación en el respeto de la dignidad humana, la justicia y la paz. Asimismo, el terrorismo - realidad que vosotros conocéis muy bien en su modus operandi - con motivaciones religiosas se ha cobrado numerosas víctimas, sobre todo en Asia y África, y por esto los responsables religiosos deben repetir con fuerza y firmeza que «esta no es la verdadera naturaleza de la religión. Es más bien su deformación y contribuye a su destrucción». La religión no puede ser utilizada como pretexto para eludir las reglas de la justicia y del derecho en favor del «bien» que ella misma persigue. A este respecto, me satisface recordar, que la visión cristiana del hombre ha sido una verdadera fuerza inspiradora para los Padres fundadores de la Europa unida (BENEDICTO XVI, Discurso a los representantes diplomáticos, 9 de enero de 2016).*

Como creyentes en el Dios de la misericordia y como personas abiertas a la trascendencia queremos buscar la luz en medio de las tinieblas; es curioso constatar que en aquella antiquísima lengua indoeuropea, de la que proceden casi todos los idiomas hablados en el mundo occidental, los términos *luz* y *Dios* proceden ambos de la misma raíz. De ahí que desde lo más íntimo del corazón del ser humano de hoy y de siempre nos hemos encontrado con la búsqueda de esa luz y un deseo connatural de alcanzar la luz; de hecho en la misma liturgia cristiana a Dios nos referimos como aquel que es “luz de luz”; y para nuestros difuntos suplicamos la luz eterna. Esa tendencia natural hacia Dios lo afirmaba de una forma bella aquel gran intelectual converso al cristianismo del siglo V, que fue san Agustín de Hipona, *nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.*

La advocación del Pilar es una fiesta que nos llena de luz y de esperanza. Una luz que nos ilumina en nuestro camino y una esperanza que genera en nuestras vidas un dinamismo que nos ayuda a no cerrar nunca las puertas del mañana. Ella, como nos muestra la primera lectura que hemos proclamado en esta liturgia, acompaña desde el primer momento a los creyentes en Cristo que *perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María la Madre de Jesús (Hch 1, 14)*

Desde sus mismos orígenes la Virgen del Pilar fue un rayo de luz en medio de una comunidad desamparada, pobre y muy pequeña. Cuando en medio de una sociedad fuertemente paganizada y hostil a toda manifestación cristiana, según refiere la tradición, el Apóstol Santiago y un grupo de discípulos se sentían

descorazonados y el desaliento estaba influyendo de forma negativa en aquella primera tarea evangelizadora; fue entonces cuando un rayo de luz hace presente a la Virgen María, la Madre del resucitado. La crónicas antiguas y las revelaciones de los místicos posteriores nos han dejado, incluso el día y la hora de la presencia de ese resplandor: fue en la madrugada del día 2 de enero del año 40 de nuestra era. Y para que quedase constancia de aquella misteriosa presencia, como testigo vivo quedó aquel pilar en torno al cual creció la veneración del pueblo. A lo largo de los siglos, las guerras y las invasiones de los enemigos de la fe cristiana lograron arrasar los sucesivos templos que sobre el pilar se construyeron, sin embargo, el pilar siempre se mantuvo en su lugar y en torno a él, en el trascurso del tiempo se fueron construyendo sucesivos templos hasta llegar a la basílica actual. Muchos de nosotros hemos tenido la suerte de peregrinar a Zaragoza y postrarnos a los pies de aquella pequeña imagen de Nuestra Señora en la Santa Capilla del Pilar. Templo y Capilla que milagrosamente no han vuelto a desaparecer en el bombardeo que sufrieron el lunes 3 de agosto de 1936.

Para algunos, dejándose llevar de un espíritu volteriano, esta tradición enraizada en nuestra historia patria es sólo una leyenda; sin embargo, en torno a esa pequeña imagen del Pilar se han realizado hechos prodigiosos a lo largo de su milenaria historia, acontecimientos que humanamente son muy difíciles de explicar. Esto ha hecho que la devoción a la Virgen del Pilar se haya convertido en un referente de los más genuinos y auténticos sentimientos del pueblo español y esta devoción también fue llevada a América y a otras partes del mundo evangelizado por hombres y mujeres de nuestra tierra, que como bautizados en la fe de Cristo fueron enviados como misioneros a los confines del mundo y, junto con la fe cristiana, transmitieron valores y sentimientos que contribuyeron a la humanización y evangelización de muchos pueblos y de sus gentes.

La vinculación del Guardia Civil con esta advocación mariana es casi de la misma época fundacional de vuestro instituto armado ( 28 de marzo de 1844), ya el 26 de septiembre de 1864 aparece esta devoción vinculada a las tareas formativas de la Guardia Civil, y el 8 de febrero de 1913, S. M. el Rey Alfonso XIII, mediante real decreto, la proclamó patrona de vuestro cuerpo.

En este día, bajo la mirada misericordiosa de vuestra patrona pedimos a Dios Nuestro Señor que haga brillar sobre vosotros la luz de la fe y que ésta con su dinamismo os siga ayudando a vivir con fidelidad vuestros compromisos constitucionales al servicio de este pueblo que os quiere y como garantes del orden democrático de nuestro país. Si perseveráis firmes en esta fe y devoción, vuestra vida y misión será una expresión generosa de vuestro noble corazón. En esta Eucaristía, en la que hacemos memoria viva de Jesucristo Resucitado y Vivo, queremos recordar a tantos hombres y mujeres de la Guardia Civil y de los demás Cuerpos de seguridad del Estado que han dado su vida para garantizar la libertad

de los pueblos y de las gentes de nuestra Patria, y al mismo tiempo que los recordamos a ellos, pedimos por sus familiares para que el Señor y la Santísima Virgen del Pilar les ayude a descubrir la grandeza del heroísmo de aquellos que mueren sirviendo causas tan nobles.

Volvemos nuestra mirada a la pequeña imagen del Pilar y le pedimos que nos conceda fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor. Amén.

## Aniversario de la Dedicación de la Iglesia Monástica del Monasterio de San José, de las Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés

21 de octubre de 2019.

*Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes. Vuestra numerosa presencia aquí es muestra del afecto que guardáis a esta comunidad monástica de Hijas de Santa Clara.*

*Rodma. Madre Abadesa y querida Comunidad de Clarisas Reparadoras.*

*Hermanas y hermanos:*

Con las palabras de la Sagrada Escritura que se nos acaba de proclamar quisiera comenzar esta reflexión que de forma familiar desearía haceros llegar.

*Créeme (...) se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre (...) Se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así.* (Jn 4, 19.24)

Ese Padre, rico en misericordia y fuente de amor creador, “desea que le den culto así”, en espíritu y verdad. El deseo del Dios tres veces Santo, el Dios Uno y Trino, hace crecer esas mismas ansias en lo más íntimo del corazón humano y éste, a pesar de sus pobreza, quiere construir templos materiales, lo más bellos posibles, para que a través de esos espacios materiales se plasme lo que los antiguos dejaron inscritos en los dinteles de muchos de nuestros templos, sobre todo monásticos: *Haec est Domus Dei, et porta coeli*, es decir, “Esta es la Casa de Dios y la Puerta del Cielo”.

Aquellos hombres y mujeres, nuestros antepasados, sabían bien que el templo era la expresión material, arquitectónica, del cuerpo humano orante, todavía hoy, en la lengua italiana al templo más importante, al que nosotros denominamos catedral, ellos la llaman: *duomo*, un poco para simbolizar ese concepto que pudiéramos decir que es como el doble del hombre orante, incluso, para denominar las partes del templo se utilizan palabras que pertenecen a las partes del cuerpo humano: cabeza, brazos, etc.

Una auténtica analogía que encuentra su fundamento en la antropología. Y no solo eso, sino que ya desde el principio, el templo cristiano recibió el nombre de *domus ecclesiae*, es decir, la casa de la Iglesia, el lugar en donde se reúne la asamblea creyente para celebrar y vivir la Eucaristía. Este nombre, más tarde, se abrevio y se llamó Iglesia, término que se utilizará no sólo para designar la Comunidad viva, sino para referirse también al lugar, al edificio en donde ésta era acogida, la comunidad de los creyentes para la oración y el culto.

Este lugar sacro, en principio, se orientaba hacia oriente que simbólicamente estaba representado por el sol naciente que, para nosotros, es Jesucristo; del mis-

mo modo, este templo abierto hacia el cielo, mejor, que apunta hacia el cielo, como expresión de eternidad, ahora y aquí nos invita a que volvamos la mirada al que fue atravesado por nuestros pecados: *el Crucificado-resucitado*. La dirección hacia oriente queda eclipsada por el misterio de la cruz que nos atrae; es en este momento y en este lugar en donde adquiere su sentido pleno el texto profético: *Mirarán al que traspasaron*. (Zac 12,10).

Si para los cristianos es importante el templo, mucho más para vosotras, monjas clarisas, que vivís en el mismo templo. Es aquí donde vuestra tarea profesional – si me permitís que me exprese así - tiene su base y punto de atención: *sois mujeres orantes*. La vida observada por las monjas y los monjes, ya desde la época de los Padres de la Iglesia, era definida como una vida al estilo de los ángeles, pues se pensaba –y no les faltaba razón- que la característica de los ángeles era ser adoradores. Su vida es adoración. En vuestro caso sois adoradoras por la simple razón que Dios merece ser adorado, tal como rezamos en el Salmo 106: *Dad gracias al Señor porque es bueno; porque es eterna su misericordia*.

Sois Adoradoras y, al mismo, forma parte de vuestro carisma el ser reparadoras, y lo sois porque el amor de Jesucristo os ha fascinado cuando nació vuestra vocación y, aún hoy es el día en el que sigue trasfigurando vuestra existencia a pesar de las pobreza y las miserias de vuestras personas. Os habéis dejado fascinar por el Amor y ese dinamismo os lleva a *poner amor, donde no hay amor* –es el sentido de la reparación - *para sacar más amor*.

Por eso, ¡hermanas mías! ¡Hijas de Santa Clara! Os invito en este día a buscar a Jesucristo y a no anteponer nada a su Amor. ¡Sí! ¡Hermanas mías! En este primer aniversario de la consagración y dedicación de este templo monástico os invito a que, siguiendo a vuestros fundadores, convirtáis el Evangelio en regla de vida y el Evangelio vivo es el mismo Jesucristo.

Buscáis la armonía y la belleza de este templo, pero no os olvidéis que esa belleza tenéis que construirla, cada día, cada una de vosotras, y todas juntas, como familia, como comunidad orante y reparadora; es decir, como una comunidad que busca con alegría identificarse con el Evangelio vivo.

Mis queridas Hermanas, vosotras sois la auténtica casa orante, que peregrina en la fe por estas tierras orensanas, en cada momento de la jornada, el “sí” de la Virgen María a los planes de Dios; es el “sí” de la disponibilidad total de toda vuestra existencia a Nuestro Señor Jesucristo. No es fácil pronunciar constantemente este “sí” y ponerse a disposición del Señor cada día.

Gracias porque con vuestra oración, y vuestros sacrificios escondidos rezáis, todos los días, por la fidelidad y por la santidad de los sacerdotes. Gracias porque sé bien que rezáis por la persona y el ministerio del Obispo, para que sea fiel.

Desde este lugar, construido sobre este promontorio elevado, teniendo a vuestros pies la ciudad que, en ocasiones, da la sensación que desaparece bajo esa



---

densa capa de niebla que la cubre casi totalmente, vosotras os convertís en un signo de esperanza. Os ruego que intensifiquéis vuestra presencia orante en las asambleas del Sínodo Diocesano para que esta realidad pastoral, don de Dios para esta Iglesia, penetre en el corazón de todos nuestros hermanos, especialmente de los sacerdotes y de los miembros de la vida consagrada y se convierta así en un cauce eclesial para potenciar más la fraternidad y la comunión, de tal modo que así podamos lograr esa conversión pastoral que el mundo y la Iglesia universal hoy espera de todos nosotros.

Que la Santa Madre de Dios, Señora de Vilar de Astrés, que quiere reinar desde este templo construido para gloria de Dios y bien espiritual de las gentes de nuestro pueblo, sea para nosotros esa luz y esa guía que nos lleve a vivir con mayor pasión nuestro conocimiento existencial y vivencial de Nuestro Señor Jesucristo que es el centro del cosmos y de la historia, que es principio y fundamento de nuestro ser y de nuestro obrar, alfa y omega, Señor de vivos y muertos.

¡Que así sea!

**Misa exequial polo P. Marino Domínguez Chantero,  
Congregación da Misión (PP. Paúles)**

Santuario de Os Milagres. 21-10-2019.

*Saídos:*

*Rector,*

*Comunidade,*

*Fillas da Caridade,*

*Fieis das parroquias da UaP de Os Milagres,*

*Familiares do Pai Marino.*

A Liturxia da Palabra deste luns da 29ª semana do Tempo Ordinario pódenos servir para enmarcar a nosa celebración litúrxica.

No texto de san Paulo ós Romanos preséntasenos como modelo de conducta a Abraham que, *ante a promesa divina, non cedeu á incredulidade, senón que se fortaleceu na fe, dando gloria a Deus, pois estaba persuadido de que **Deus é capaz de facer o que promete...*** Tamén nós, *os que cremos no que resucitou de entre os mortos a Xesús Cristo, o cal foi entregado polos nosos pecados e resucitou para a nosa xustificación* (cfr. Rom 4, 20-25) debemos camiñar na senda escura da fe, baixo a luminosa certeza de que Xesús Cristo resucitado nos concede unha gran forza e moita esperanza. A nosa fe apoíase no Deus da misericordia, que é capaz de facer o que promete... Lembrade aquilo que tantas veces repetimos e cantamos: *se vivimos, vivimos no Señor! se morremos, morremos no Señor! Na vida e na morte somos do Señor.*

Cando contemplamos a existencia dun dos nosos seres queridos que parte á eternidade, como é o caso do P. Marino, sentimos que a poutada da morte nos leva a alguén que formaba parte da nosa vida, da nosa comunidade. E co seu silencio parece que nos quere dar a última das súas leccións. Co seu silencio faise máis eloquente a verdade do Señor, que a través da parábola que hoxe nos ofrece o Evanxeo proclamado nos di con claridade que de nada nos serve gardar, acumular bens, ampliar os celeiros... e caer na tentación de dicirnos: *alma miña, tes bens almacenados para moitos anos; descansa, come, bebe, banquetea alegremente.* Pero Deus díxolle: *Necio, esta noite vanche reclamar a alma e, de quen será o que gardaches?.*

Só se temos presente a verdade e a certeza da nosa morte, só así viviremos confiados nas mans do Bo Deus... *porque só El é capaz de facer o que promete;* e prometeunos a vida eterna se vivimos en Cristo, para Cristo, como o fixo este sacerdote da Congregación da Misión.

O P. Marino fixo carne da súa propia experiencia aquel pensamento de San Vicente de Paúl: *Lembre, Pai, que vivimos en Xesús Cristo pola morte en Xesús Cristo e que habemos morrer en Xesús Cristo pola vida de Xesús Cristo, e que a nosa vida ten*

*que estar oculta en Xesús Cristo e chea de Xesús Cristo e que, para morrer como Xesús Cristo hai que vivir como Xesús Cristo.* (Carta ó P. Portail, I, 320).

Oito veces menciona a Xesús Cristo, reiteradamente! Porque aí está a clave da nosa vida e, por suposto, da nosa morte: Xesús Cristo.

Cantas veces terá explicado esta verdade o P. Marino? Incontables veces, tanto nos moitos anos nos que exerceu a docencia coma nesta última etapa da súa vida, como misionero no noso mundo rural. A súa paixón fundamental como membro da Congregación da Misión, ó igual que o é na vosa vida, meus queridos PP. Paúles, queridos irmáns sacerdotes: é predicar a Xesús Cristo, ó Crucificado-Resucitado, ó que é Deus connosco.

O noso irmán sacerdote emprendeu a súa marcha á eternidade nas vésperas do Domingo Mundial das Misións, e este acontecemento tivo lugar cando nos encamiñamos á conclusión do Mes Misionero Extraordinario; irmás e irmáns meus, todo é Providencia! Aquel que viviu a misión e a converteu na paixón fundamental da súa existencia, parte para esa gran Misión que supón a plenitude; porque se toda actividade misioneira quere dar a coñecer, tratar, amar e imitar a Xesús Cristo, coa morte ábrese a porta para contemplalo e amalo deixándonos transfigurar polo seu amor misericordioso.

É abismal o contraste entre a misión vivida polo P. Marino e os proxectos de vida de moitos dos nosos contemporáneos, cuxa actitude de vida queda reflectida no Evanxeo de hoxe: *descansar, comer, beber, banquetear alegremente*. No medio desta xeración que camiña coma ovellas sen pastor e que tantas veces rexeita os bos pastos ós que se os convida a participar, temos que estar nós realizando a nosa misión, sabendo ben que o gran anuncio que debemos facer chegar ós nosos contemporáneos é que Cristo os ama, que os quere, que lles perdoa e que quere axudalos a gañar a vida eterna. Ese Xesús Cristo que foi amado radicalmente por san Vicente e soubo descubrir o seu rostro nos máis pobres e desvalidos; ese Xesús Cristo cuxa paixón transmitiu ós sacerdotes da Misión e ás Fillas da Caridade... que plantou no corazón daquel mozo que naceu hai 84 anos en Medeiros e cuxos restos mortais hoxe imos depositar neste lugar santo –terra de santos- que é o santuario de Os Milagres, convértese nun signo de esperanza.

Que a nosa Señora dos Milagres acompañe ó noso irmán sacerdote, lle diga cousas boas a Deus de él e se lembre tamén de nós e nos conceda vocacións para a Congregación da Misión e para o Seminario Diocesano.

Con palabras da liturxia finalizo:

Sáide ó seu encontro anxos e santos do Señor, recibide a súa alma e presentádea ante o Altísimo!

Descanse en Paz! Si, descansa en paz, P. Marino, baixo a mirada da Señora dos Milagres, á que amaches e serviches con fidelidade!

Que así sexa!

**Misa exequial del Rvdo. D. Pedro Blanco López,  
capellán honorario del santuario de Nuestra Señora de Los Remedios**

Verín, 29 de octubre de 2019.

*Mis queridos hermanos sacerdotes, queridas Religiosas.*

*Hermanas y hermanos en el Señor.*

Permitidme que, ante todo, salude a las hermanas de D. Pedro y a sus familiares, y les manifieste nuestro más profundo sentimiento por el fallecimiento de este hermano sacerdote; sabed que nosotros los sacerdotes y el Obispo, constituimos esta gran familia que es el Presbiterio diocesano a la que pertenecía D. Pedro, por eso, también sentimos la marcha a la eternidad de nuestro hermano, sacerdote bueno y fiel.

Nos hemos reunido aquí, bajo la mirada de Nuestra Señora de los Remedios, para rezar por D. Pedro. Esta es una celebración que nos invita a todos a la esperanza.

Ayudados por la Palabra de Dios, que nos propone la liturgia de este día, queremos revivir nuestra fe en la resurrección. Como bien nos recordaba el texto de san Pablo, esperamos la *redención de nuestro cuerpo* (Rom 8, 18-25). Mientras caminamos por esta tierra vamos peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, *anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que vuelva* (cfr. 1 Cor 11,26; LG 8; LG3; 5; 42). Somos peregrinos de la fe que nos dirigimos *hacia ese cielo nuevo y esa tierra nueva* que el buen Dios tiene preparados para los que le aman. ¡Cuántas veces Don Pedro, y tantos de nuestros sacerdotes, con ocasión de un entierro o un funeral, o bien durante la Novena de Ánimas- que muchos de vosotros estáis celebrando en estos momentos - nos han predicado esta doctrina! Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien.

El cristianismo es un estilo de vida que nos llena de esperanza y nos da un sentido positivo de nuestra existencia. Con la certeza que nos da la Palabra de Dios sabemos que *los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará* (Rom 8.18). Porque, hermanas y hermanos míos, mientras peregrinamos por este mundo, ya sea un camino largo en su recorrido, como los 86 años de D. Pedro, o dure más o menos, ya seamos niños, jóvenes o ancianos, no tenemos aquí una morada permanente, sino que avanzamos hacia ese momento que es la muerte, que se convierte en la puerta que se abre a la eternidad. Los cristianos sabemos que este acontecimiento que ya ha vivido nuestro hermano D. Pedro no es el último acontecimiento con el que nos vamos a encontrar, sino que a través de la muerte se abre para nosotros una nueva creación, es decir, una nueva dimensión en donde se manifestará en plenitud nuestra filiación divina. Somos hijos de Dios por el bautismo, caminamos como miembros de esta

familia que es la Iglesia y, sintiéndonos hermanos en Jesucristo, e hijos del Padre de las misericordias... nos fiamos del querer de nuestro Dios que desea que todos nos salvemos y, si a lo largo del camino no hemos sido fieles, si nos hemos manchado, si hemos ofendido a Dios y a los hermanos, tenemos la confianza puesta en la vida eterna, que es un regalo inmerecido que nos ha concedido nuestro Padre Dios. Sin embargo, en virtud de nuestra libertad, podemos rechazar este don del Señor, y ahí es donde comienza ya nuestro infierno. Esta realidad existe y su existencia viene garantizada por el mal uso de nuestra libertad personal y por nuestro rechazo al amor providente y misericordioso de Dios.

Sin embargo, aunque los hombres se empeñen en cerrar esa puerta, ¡Dios quiere nuestra salvación eterna! ¡Nos la ofrece como un regalo de su infinita bondad! Él quiere que toda la creación, que ahora está expectante y aguarda la manifestación de la gloria de Dios, sea un día realidad para nosotros que nos fiamos del Señor, el Crucificado-Resucitado.

Cada vez que participamos en una Misa exequial nos damos cuenta que sólo en Jesucristo se apoya *la certeza de nuestra feliz resurrección; y así aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad* (Prefacio I de Difuntos). Hermanos míos: Vivimos en una generación en la que se ha perdido el auténtico sentido del morir humano, incluso ciertas modas, ajenas a la mentalidad cristiana, parece que están apartándonos de la realidad auténtica de la muerte y de su sentido más profundo. En algunos colegios, incluso de inspiración cristiana, se promueven formas y manifestaciones con las que la seriedad de la muerte se le presenta a los niños como si fuese algo poco serio, ¡como un carnaval más!. Falta la perspectiva gloriosa de la eternidad y en ella de la santidad de los mejores hijos de la Iglesia.

En muchas de nuestras comunidades parroquiales se está realizando la novena de ánimas, una hermosa costumbre con la que vivimos nuestras obligaciones con nuestros queridos difuntos, por ellos rezamos, ofrecemos misas y presentamos al Señor, o a su Santísima Madre, nuestras oraciones y sacrificios que, en virtud de la Comunión de los Santos, ofrecemos al Señor en sufragio por aquellos que ya nos han precedido en el signo de la fe. Si ellos ya no lo necesitan porque gozan de la Gloria de Dios -aunque no de forma plena- esas oraciones se convierten en un maravilloso intercambio que nos beneficia a nosotros mientras somos peregrinos en este mundo.

Esta doctrina, que es bueno recordar con frecuencia, adquiere un fuerte realismo ante los restos mortales de D. Pedro. Os felicito por haber tenido el acierto de reunirnos esta tarde en este santuario de Os Remedios que él tanto quiso y potenció, a veces sufriendo algunos contratiempos. Recuerdo con qué alegría, al tener que presentar su renuncia por motivos de edad y de salud, recibió el título que el Obispo le concedió de Capellán honorario del Santuario de Os Remedios,

sabía que con este nombramiento quedaba vinculado a esta casa de la Virgen.

A lo largo de su vida dejó una estela de buen sacerdote, sacerdote bueno y fiel, desde los comienzos de su ministerio en Celanova, pasando después a Santa María de Lucenza, a Tamagos, Estevesiños, Vences, Pazos, Vilamaior do Val y Monterrei; pero de una manera muy especial, rector de este santuario de Os Remedios. Ejerció también tareas académicas como docente de Religión en el Grupo Escolar de Verín, sabiendo que esta era una prolongación del ejercicio de su ministerio sacerdotal.

En estos últimos años, tanto en su casa cercana a la capilla do Rosal y, ahora, en esta última etapa de su vida, en la Residencia de las Hermanitas, pasó haciendo el bien. ¡Sus obras le acompañan! Con el himno litúrgico de exequias podemos concluir esta reflexión: *al paraíso te lleven los ángeles, a tu llegada te reciban los mártires y te introduzcan en la ciudad santa*. Y nosotros añadimos: que Nuestra Señora, en su advocación de Os Remedios, te conduzca, bajo la mirada de sus ojos misericordiosos, a ese cielo nuevo y a esa tierra nueva que el Buen Dios tiene preparado para los que luchan por ser fieles a su amor. ¡Que así sea!

## Solemnidade de San Martiño de Tours, Patrón de la Diócesis de Ourense

Catedral de Ourense, 11-11-2019.

*Excmo. Cabido Catedralicio*

*Queridos Irmáns Sacerdotes concelebrantes.*

*Membros da Vida Consagrada*

*Seminaristas*

*Saúdo con afecto agradecido á “Asociación de Amigos da Catedral de Ourense”*

*Excmo. Sr. Alcalde-Oferente, Presidente da Corporación do Concello de Ourense y demais membros da mesma.*

*Excmas. e Ilustrísimas Autoridades que nos acompañades nesta celebración.*

*Irmás e irmáns.*

Acabamos de escoitar no Evanxeo que se nos foi proclamado, como os Apóstolos se dirixiron ó Señor para dicirlle: *Auméntanos a fe*. O Señor díxolles: *Se tiverades fe coma un gran de mostaza, diríades a esa moreira: “Arráncate de raíz e plántate no mar” e obedeceríavos* (Lc 17, 1-6).

Queridos amigos todos no Señor: Quixera iniciar a miña reflexión cunha pregunta: tedes visto, algunha vez, un gran de mostaza? Eu vino, por primeira vez na miña vida -e non me avergoña recoñecelo- durante uns Exercicios Espirituais que un P. Carmelita Descalzo nos impartiu ós Bispos Españois. Aquel relixioso obsequiounos a cada un dos presentes, cun bo número de sementes de mostaza nunha pequena bolsa de plástico transparente. Quedei impresionado! A duras penas se podían distinguir, era algo insignificante, pouco máis que unha agrupación de partículas de po. E pensar que daquela semente tan pequena, case imperceptible a simple vista, pode xurdir un arbusto tan grande e poderoso que ata as aves do ceo veñen aniñar nas súas ramas. Pois esa é a comparación que Xesús nos ofrece coa fe: *se tiverades fe coma un gran de mostaza!* Estou por asegurar que, sexa cal sexa a nosa situación ou ocupación na vida, seguro que por moi pouca fe que teñamos, coído que será maior ca un gran de mostaza. A proba está na nosa presenza nesta Casa do Señor San Martiño que nos acolle a todos tal e como somos, sen distincións nin categorías. Aquí somos acollidos coma amigos no Señor.

Dende a perspectiva da fe que é ese dinamismo transcendental que transformou a existencia de Martiño (316+397), militar ó servizo e custodia daquel señor, dono do Imperio Romano de Occidente, naquel momento en decadente ocaso. Martiño, leal, disciplinado e obediente, soubo gardar fidelidade ó seu señor na terra, mentres este non traspasou os límites do racional. Hoxe, coma onte, aqueles homes e mulleres que se ocupan da loable xestión da cousa pública seguen a enfrontarse ó mesmo reto: a racionalidade das súas xestións e dos seus

proxectos para servir os cidadans. Por iso, cando aquel Emperador -traspasando os límites de toda racionalidade- se proclamou un ser divino, esixindo a todos os do seu entorno e ó pobo ó que tiñan que servir, que o adorasen coma se fose un deus vivinte, entón xurdiu o conflito. Martiño abandonou o seu posto na Garda Palatina e enrolouse noutra compañía onde a lei suprema sería o Amor, e un amor de tal estilo e compromiso que incluso se estende ós mesmos inimigos.

Aquela si que foi unha auténtica revolución: a revolución do amor e da misericordia onde a persoa humana, só por selo, xa sexa anciá ou enferma, ou unha pequena criatura que medra no ventre de súa nai, convertíase nun suxeito de dignidade propia no que San Martiño nos ensina ós cidadáns de hoxe, como o fixo cos da súa época, a descubrir, *emboscado* detrás de todas esas persoas, o rostro mesmo de Deus. Esta certeza non só se apoiaba no Evanxeo, senón tamén nas ensinanzas dos grandes mestres do saber cristián que resoaban na súa conciencia e dicían con forza ós intelectuais e poderosos do seu tempo: *A gloria de Deus é o home vivinte; a vida do home é a visión de Deus* (Adversus haereses, 4, 20, 7); ou ben, aquela outra: *A gloria do home é Deus; agora ben, o receptor da operación de Deus, de toda a súa sabedoría e de toda a súa potencia é o home* (Ibíd., 3, 30, 2). En definitiva, Martiño descubriu que o dinamismo dese amor brotaba daquel Deus misericordioso, cuxa tenrura se fixera presenza a través da encarnación do *Evanxeo Vivo* que era, e segue a ser, Xesús Cristo.

Aquel proxecto resultoulle fascinante e encheu o seu futuro de esperanza, sobre todo naquel momento de decadencia institucional e corrupción social a todos os niveis. contra as que san Martiño loitou con todas as súas forzas e púxose en camiño iniciando unha nova tarefa evanxelizadora que xerou un auténtico progreso na vida das persoas, logrando unha transformación pacífica da sociedade do seu tempo, con ela buscaba o ben integral dos homes e mulleres daquela época que vivía esmagada polas duras e inxustas costumes de escravitude e de servidume.

Esta forza brota en san Martiño dun xeito natural porque el só buscaba a gloria de Deus, pero como se ten podido comprobar ó longo da historia, ninguén que busque con autenticidade a gloria de Deus é inimigo do máis humano do home, senón todo o contrario; porque a verdadeira glorificación de Deus é lograr o ben dos seres humanos, tal como nos lembra a Igrexa nas Obras de misericordia. Por outra parte, estamos convencidos de que cando na sociedade molesta Deus e son rexeitados os seus principios de vida e de ben, paulatinamente remátase agredindo ó mesmo ser humano.

San Martiño, cativado por aquela doutrina feita vida na persoa do mesmo Xesús, transformouse en axente de conversión e, como pastor da Igrexa Católica, o seu exemplo e santidad de vida fíxose universal, por iso, século e medio despois da súa morte, chegou ata os lugares máis occidentais da Europa daquel momento, gracias á labor evanxelizadora levada a cabo por obra daquel gran misioneiro que



foi Martiño de Dumio (520+579), bispo de Braga e metropolitano do Reino de Galicia, evanxelizador dos suevos. A el débémolle que esta catedral fora dedicada a san Martiño de Tours para gloria de Deus e ben dos homes e mulleres deste pobo.

Sr. Alcalde Oferente: no nome desta cidade acaba de manifestar con valentía que quere *ter máis presente que nunca os valores que foron a luz que guiou toda a existencia do noso patrón*, e destaca de maneira especial *a humildade e xenerosidade, o traballo, a constancia e o espírito de sacrificio*. Certamente, san Martiño encarnou na súa existencia estes valores porque a súa vida estaba iluminada polo *Evanxeo Vivo* que era e segue a ser o Noso Señor Xesús Cristo.

Na nosa sociedade, marcada por modas e opinións que, en ocasións, son alleas á auténtica antropoloxía cristiá que foi capaz, ó longo dos séculos, de axuntar ós nosos pobos e as súas xentes, a esta cidade e ós seus cidadáns nun estilo de vida que quedou reflectido no libro da Sabedoría que proclamabamos na primeira das lecturas de hoxe e que, como Palabra de Deus, divinamente inspirada, traspasa as fronteiras do tempo e do espazo resoando hoxe nos nosos corazóns con perenne actualidade. Lembrede o que nos dicía: *Amade a xustiza, gobernantes da terra, pensade correctamente no Señor e buscádeo con sinxeleza de corazón. Porque se manifesta (...) ós que non desconfían del (...). Pois o espírito do Señor enche a terra, todo o abarca e coñece cada son* (Sab 1, 1-7).

Señor Oferente: fago meus os seus desexos e póñoos sobre o altar desta igrexa, nai de todas as igrexas da Diocese, para que o Bo Deus faga que san Martiño, como patrón da cidade, *sexo ese exemplo a seguir para todos os que teñen responsabilidades emanadas da confianza que lles outorgaron os cidadáns*. E que nos conceda paz e prosperidade, traballos dignos para a mocidade e proxectos auténticos e innovadores que se preocupen das zonas periféricas da nosa cidade e, sobre de todo o mundo rural que dende hai anos está a experimentar un alarmante éxodo poboacional porque os seus moradores non puideron descubrir nos seus lugares de nacemento eses horizontes de progreso real e auténtico tanto para eles coma para seus fillos.

A San Martiño, o santo da misericordia, encomendo ó persoal e a todos os voluntarios que traballan en Cáritas e nos demais organismos asistenciais e solidarios para que a ninguén lle falte o imprescindible para ter unha existencia digna. Pídolle de forma especial que nos axude nesta última andaina do Sínodo Diocesano que estamos a celebrar e dun xeito especial aproveito para invitarvos a todos os presentes para que participedes na festa da clausura sinodal que celebraremos, coa axuda de Deus, na mañá do día 7 de xuño do 2020, no pavillón de deportes Paco Paz desta cidade.

Coa protección de Santa María Nai e de san Martiño pido que hoxe sexa *un día grande para Ourense e un Ourense grande para todos*, como manifestaba o Sr. Oferente.

Que así sexa!

## Fiesta del “Divino Maestro”, Patrono del Seminario Mayor de Ourense

Capilla del Seminario Mayor, 12-11-2019.

*Mis queridos hermanos y hermanas:*

*Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer* (Lc. 17.10)

Este pensamiento del texto evangélico de la *Lectio* continúa que corresponde al día de hoy nos puede ayudar para esta reflexión que quisiera hacer en voz alta. Al día siguiente de la solemnidad de San Martín, patrono de nuestra Diócesis y de la Iglesia Catedral, celebramos esta fiesta entrañable y familiar en el Seminario Mayor y en el Instituto Teológico “Divino Maestro”, y lo hacemos desde el pontificado de Mons. Blanco Nájera, porque ha sido él quien puso bajo la advocación del Divino Maestro esta casa y a todos los que con ella nos relacionamos.

Sabemos bien que la pasión fundamental de nuestra vida de bautizados es conocer, aprender la vida y amar a Nuestro Señor Jesucristo. Él es el principio y fundamento de nuestra existencia creyente y, mucho más, si hemos recibido esa llamada a servirle en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Adentrarse en el conocimiento, no solo especulativo, sino vivencial y existencial de Aquél que es el único Maestro constituye para todos nosotros la tarea fundamental de nuestro vivir cotidiano. Esta dinámica, a la vez intelectual y volitiva –inteligencia y corazón- no es como una disciplina cualquiera que estudiamos en el Seminario y, una vez evaluada, ¡ya se acabó! Acercarse al conocimiento del Divino Maestro y aprender en su escuela es una disciplina que supone un riesgo existencial, ¡sí!, riesgo existencial. Cuando tomamos en serio esta materia estamos aprendiendo a decir que sí, sin claudicaciones ni componendas, a ese proyecto de Dios sobre nosotros que se llama: santidad personal.

Si todo cristiano, en virtud de la fuerza recibida en el bautismo, sabe que la tarea fundamental que debe realizar es identificarse con Cristo-Maestro, en nuestro caso, obispo, sacerdotes, seminaristas, religiosas, esa tarea debe empapar y ocupar toda nuestra existencia. La pastoral de la santidad es hoy, más que nunca, la ocupación fundamental porque nos lleva a centrarnos en *lo esencial*, que es Jesucristo; de hecho, el tiempo de estudio – que debe ser una exigencia seria y responsable y mucho más hoy en día -, la vida comunitaria, las actividades lúdico-deportivas, los encuentros pastorales del fin de semana constituyen, para vosotros, mis queridos seminaristas, la palestra adecuada en donde debéis ejercer la tarea de la santidad, y digo tarea porque ésta se convierte en un empeño cotidiano que va aquilatando vuestra persona para hacerla apta para el servicio ministerial. Os hará disponibles para servir como la Iglesia quiere que la sirvamos.

No os olvidéis nunca de que el Seminario es una situación transitoria pero

cuanto mejor la viváis ésta se convertirá en una etapa que dejará una huella positiva en vuestro ser y actuar posterior. Teniendo en cuenta que nuestra identificación con Jesucristo es algo que se va reactualizando a lo largo de la existencia, si mientras se vive la experiencia formativa, comunitaria, intelectual, pastoral y humana propia del proyecto educativo del Seminario, vamos aprendiendo a identificarnos con el Divino Maestro que vino a servir y no a ser servido, seremos buenos sacerdotes y estaremos dispuestos a hacer realidad lo que nos recordaba el Evangelio de hoy: *hemos hecho lo que teníamos que hacer*. Al igual que muchos de nuestros sacerdotes de ayer y de hoy – a pesar de las excepciones, que en todo colectivo siempre las hay – que han entregado el corazón al Señor un día y aprovechan cada ocasión para renovar su entrega. Son los que necesitan encontrarse con los hermanos y potencian los momentos de formación que se organizan en el arciprestazgo; son los primeros que vencen cualquier dificultad para asistir a retiros de la zona pastoral y a los Ejercicios Espirituales anuales; son aquellos que siempre están disponibles y aportan soluciones en momentos de dificultad pastoral. Aquellos que actúan así saben que el sacerdocio es un servicio y en la medida en que lo vivimos con pasión nos llena de plenitud, nos da ilusión y nos da fuerzas para estar disponibles para cualquier misión o destino que nos encomienden. De lo contrario nos hacemos autorreferenciales, no estaremos disponibles para la acción pastoral, nos instalaremos en la crítica contra todo y contra todos y muy pronto nos podemos dejar llevar por la amargura, terminando por convertirnos en profetas de calamidades; dueños y señores de nuestras comunidades y de sus bienes, tanto espirituales como materiales. ¡Este no es el camino del servicio ni de la fidelidad!

Los buenos sacerdotes que conocemos y, sobre todo, los mejores amigos de Dios que son los santos, nos enseñan otro estilo de vida sacerdotal: el del servicio y la disponibilidad. Y no pensemos que este es un planteamiento innovador que los obispos están empeñados en implementar en los Seminarios y en los Centros académicos. ¡No penséis eso! Aprender a servir en la escuela del Divino Maestro es aprender la dinámica de la santidad, que es una pasión sacerdotal que se ha vivido desde siempre.

Para que os convenzáis de que lo que os digo no es teoría, sino una actitud que viven nuestros sacerdotes, os leo el escrito que me enviaron hace tan solo unos días, un grupo de curas de nuestra Diócesis; primero, mencionaban un texto de San Ignacio de Antioquía (35+107), discípulo de san Pedro y de san Juan; os lo leo porque es todo un programa de vida para aquellos que quieren ser sacerdotes buenos y servidores fieles. Así dice:

*Seguid al Obispo como Jesucristo al Padre, y al Presbiterio como a los Apóstoles. Respetad a los Diáconos como al mandamiento de Dios. Nada de lo que atañe a la Iglesia lo hagáis sin el Obispo. Solo ha de considerarse válida aquella Eucaristía que*

*esté presidida por el Obispo o por aquél en quien él delegue. Donde aparezca el Obispo, esté allí la comunidad, así como donde está Jesucristo, allí está la Iglesia Católica (...) lo que éste apruebe, es agradable a Dios para que todo lo que hagáis sea sólido y válido.* (S. Ignacio de Antioquía, Carta a la Iglesia de Esmirna VIII, 1-2).

Hasta aquí el texto, pero, añadían algo muy hermoso: *Que el Espíritu del Señor nos enseñe a saber caminar a su lado, con actitud sinodal, para ayudarle en su ministerio como pastor de la Iglesia en Ourense*". Y concluían con este deseo que quisiera que aprendiéramos a hacerlo nuestro: *"¡Sigamos caminando unidos, sigamos caminando juntos, en comunión con Cristo, en comunión con los hermanos!"*.

Estos son los deseos de los sacerdotes que quieren luchar por vivir lo que nos decía el Señor en el Evangelio: *Lo mismo vosotros: cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: «Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer»*. En estos mismos deseos, que brotan del corazón del Divino Maestro, se funda aquella frase de Mons. Blanco Nájera: *Lo que tú seas, serán tus sacerdotes. Lo que tú y tus sacerdotes seáis, será tu Diócesis*.

Esta es la regla de vida de los buenos ministros, buenos y serviciales. Si estas fuesen las actitudes más profundas que cautivasen nuestro corazón y el de los sacerdotes, la Iglesia, -la Católica- y nuestra Iglesia particular serían un trasunto de eternidad en el tiempo y cualquier proyecto pastoral sería fecundo.

Esto es lo que deseamos, porque esto es lo que hemos aprendido y seguimos aprendiendo, a los pies de Aquella que es la Madre del Divino Maestro. ¡Que así sea!

## Xornada Mundial dos Pobres

Parroquia de San Pio X de Mariñamansa, 17 de novembro de 2019.

*Benqueridos irmans e irmas: Saúdo con cordial afecto aos que asistides a esta Eucaristía nesta parroquia de san Pio de Mariñamansa da cidade de Ourense, e a todoslos que estades participando a traves da televisión de Galicia, dun xeito especial os ancians e enfermos.*

A Palavra de Deus que nos ofrece a liturxia deste domingo, case o remate do ano litúrxico, convidanos a estar atentos e vixiantes porque o Señor pode chegar en calquer momento. Mais, non podemos caer na tentacion daqueles homes e mulleres que non tempo de Xesús sentíanse seguros ante a beleza e a grandeza do templo de Xerusalem e xa non facían nada, nin siquiera traballaban, por iso o apóstolo Paula chámalle a atención. Estaban como contemplando o ceo esperando que sen esforzo, sen loita persoal, viñera dende arriba a solución a todos os seus males e problemas. Esta actitude tan negativa dos crentes provocou aquela crítica dos pensadores dá sospeita –os que proclamaban a morte de Deus - que acusarán o cristianismo de estar a mirar sempre cara o ceo desentendéndose dá terra, sen traballar, sen comprometerse en nada. Iso non e cristianismo, tan so é unha caricatura dá nosa fe. O auténtico cristián ten que abrirse ó evanxeo vivo que é Xesucristo e así loitará por transformar a realidade facendo que o Reino de Deus se faga camiño neste mundo para transformalo segundo o querer de Deus.

Neste senso, axúdanos como bo exemplo do noso compromiso de crentes, o feito de que neste domingo a Igrexa celebra, por terceira vez, a **Xornada Mundial dos Pobres**, creada polo papa Francisco. Este ano o lema e: «*A esperanza dos pobres nunca se frustrará*» (Sal 9,19). Non se trata de recurrir a un tema que é politicamente correcto ou oportunista, senon que sabemos ben que a Igrexa, estando próxima aos pobres, vivindo o compromiso das Benaventuranzas, recoñécese como un pobo cuxa vocación é a de non permitir que ninguén se sinta estraño ou excluído, porque a Igrexa implica a todos nun camiño común de salvación xa que nos axuda a sentirmos unha gran familia na que ten que haber cabida para todos.

Non podemos esquencer que a promoción dos pobres, tamén non social, non é un compromiso externo ao anuncio do Evanxeo, pola contra, pon de manifesto o realismo dá fe cristiá e a súa validez histórica. O amor que dá vida á fe en Jesús non permite que os seus discípulos pódanse quedar tranquilos pechándose nun individualismo egoista e asfixiante, sen ningunha influencia na vida social. A opción polos últimos, por aqueles que a sociedade descarta, é unha opción prioritaria que os discípulos de Cristo están chamados a realizar para non traizoar a credibilidade dá Igrexa e dar esperanza efectiva a tantas persoas indefensas. O

compromiso dos cristiáns, con ocasión desta Xornada Mundial, non consiste só en iniciativas de asistencia que, aínda que son necesarias, deben tender a incrementar en cada un a plena atención que lle é debida a cada persoa que se atopa en dificultades.

Débemos prestar esa atención con unha actitude amante, ó estilo de Xesus e dos mellores fillos da Igrexa que son os santos, porque este é o inicio dunha verdadeira preocupación polos pobres na procura do seu verdadeiro ben. Non é fácil ser testemuñas dá esperanza cristiá no contexto dunha cultura consumista e de descarte, como é a nosa, orientada a acrecentar o benestar superficial e efímero, que ten resultados incertos e as veces dramáticos. É necesario un cambio de mentalidade para **redescubrir o esencial dá nosa fe cristiá**: a mensaxe do amor de Deus; e dicir, vivir ao estilo do Noso Señor Xesucristo, e así darlle corpo e efectividade o anuncio do Reino de Deus. Os pobres obteñen unha esperanza verdadeira cando recoñecen nas nosas accións e nos nosos sacrificios un acto de amor gratuíto – o estilo de Xesucristo - que non busca recompensa. Cántos dos nosos predecesores no camiño da fe deron a vida e a súa facenda contruindo a veira do camiño da vida tantas institucións benéficas de acollida, hospitales para peregrinos, lazaretos casas e pisos de acollida, e outras realidades que hoxe perduran

Meus queridos irmans e irmas: Fagámoslle eco nas nosas vida a esta iniciativa do papa Francisco e darémonos conta que esa preocupación por aqueles irmás mais necesitados cúranos dos nosos males e das nosas feridas da alma e prepáranos o camiño dá verdadeira conversión. O papa Francisco non nos pide hoxe unha colecta especial para cubrir as necesidades dos pobres ou para Cáritas, ¡non! Eso xa o facemos, tanto persoal como comunitariamente, cas nosas aportación voluntarias e mensuales. Oxe pídenos que teñamos unha especial empatía existencial de cara a realidade da pobreza que ten moitos rostros para facer así, como afirma a Sagrada Escritura, novas totalas cousas.

Que Santa María Nai, nos axude a tomar en serio este empeño e así nos converteremos nas auténticas testemuñas misioneiros que o mundo de hoxe necesita. Que así sexa!

## Vigilia de Adviento

Catedral de Ourense, 30 de noviembre de 2019.

Deseo que mis primeras palabras sean para agradecerlos a todos: sacerdotes, miembros de la vida consagra, seminaristas y laicos, vuestra presencia en esta Iglesia Madre de la Diócesis para celebrar la Vigilia de Adviento. Lo hacemos sintiéndonos una gran familia que camina unida *peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*<sup>1</sup>, que cree en un Dios Bueno y rico en Misericordia que se nos hace presente en medio de las circunstancias ordinarias de la vida *instruyéndonos en sus caminos* para marchar tras sus sendas, *caminando a la luz del Señor* (Is 2, 1-5), tal como nos recuerda el texto de la profecía de Isaías.

Confiamos que “**Él mismo [el Señor] nos abre el camino**” (Is 35, 8) que nos conduce a la luz que nos viene de lo alto para hacer resplandecer la verdad y la misericordia. Es Dios mismo quien con su cercanía nos va abriendo el camino, camino de la gloria, de la plenitud, de la santidad. El papa Francisco al inicio de su pontificado nos sorprendió con la palabra “primerear”; pues bien, así como el Dios con nosotros nos primerea con su amor, de igual modo Él se hace camino, verdad y vida (cf. Jn 14, 6) para enseñarnos cuál debe ser nuestro estilo de vida y así convertirnos en esos peregrinos fascinados por la gloria de Dios y el bien de los hombres y mujeres de nuestro pueblo.

El Adviento es un tiempo muy especial. Tiene, como bien sabéis, varios sentidos: uno de ellos, que a veces pasa desapercibido, nos habla de estar preparados para la llegada definitiva del Reino. En ese sentido el apóstol Pablo en la carta a los Romanos que hemos proclamado hoy, nos habla con claridad de que es necesario *ser conscientes del momento en el que vivimos*, que el tiempo que el Señor nos concede es muy breve cuando lo empleamos para servir y amar a los demás, de manera especial a los más necesitados y vulnerables..., a los que necesitan más cariño y ayuda. Cuando nos dejamos atrapar por nuestros miedos, por nuestros rencores, por nuestras apreciaciones del mundo y de los otros, podemos correr el riesgo de enrocarnos en nuestras propias miserias y perder la perspectiva auténticamente liberadora de la presencia del Reino de Dios en medio de nosotros. ¡Un Reino que tiene como trono un pesebre y como enseña la cruz!. No podemos olvidarnos de esta realidad de nuestra fe: La Palabra eterna se ha hecho pequeña, tan pequeña que a lo largo de los próximos días de la Navidad la vamos a contemplar recostada en un pesebre, y, más tarde, en la cruz se hará silencio mortal, porque ya se ha «dicho» todo, hasta quedar sin palabras. Al haber hablado todo lo que tenía que comunicar, sin guardarse nada para sí, Dios se ha hecho silencio, y este silencio de la Palabra manifiesta su sentido auténtico y definitivo en el

---

1 SAN AGUSTIN, *De Civitate Dei*, XVIII, 52, 2 : PL 41, 614.



misterio luminoso de la resurrección (cf. *Verbum Domini* 12).

Necesitamos pedir al Buen Dios que nos conceda la ayuda necesaria para seguir con sinceridad este camino que conduce, por el silencio de la entrega callada, a la luz de la gloria de la Resurrección. Recordad las palabras finales de la profecía proclamada: *Venid; caminemos a la luz del Señor*.

Adviento es caminar tras los pasos del Señor que viene, del Señor que se acerca, del Dios que está aquí. Caminar tras los pasos de un Dios que se abaja a sí mismo asumiendo la existencia humana para enriquecernos con su pobreza. Él mismo se convierte en camino, ¡es el Camino! nos abre el camino de la vida y camina a nuestro lado, como nuestro cireneo, para que no nos desviemos en nuestra peregrinación hacia el Reino.

Ese Dios, tantas veces desconocido, nos invita a *caminar como en pleno día, con dignidad* (Rom 13, 11-14a). Y acercándonos al trono de la gracia nos dejamos revestir de Nuestro Señor Jesucristo. Para lograrlo, la Iglesia como una madre con corazón de sabia maestra, nos ofrece una mediación cercana y, al mismo tiempo excepcional: nos presenta a la Madre Inmaculada como modelo para caminar juntos en el seguimiento de Jesucristo.

Hermanos: os invito a que este año, en la medida de nuestras posibilidades, hagamos juntos la Novena a la Inmaculada y la vivamos con especial pasión pidiéndole a Ella por esta Iglesia, por sus necesidades, por las sesiones de la Asamblea Sinodal, por las vocaciones y, de manera especial, os ruego que recéis fuerte por la santidad de los sacerdotes. Somos conscientes que llevamos el tesoro del ministerio en vasijas de barro, como nos lo recuerda san Pablo. Somos pecadores, ¡cierto!, pero no corruptos -como nos repite en ocasiones el papa Francisco- Somos pecadores que confiamos, no en nuestras fuerzas, sino en la misericordia de un Dios que continuamente se está acercando a nosotros, tal como nos lo recuerdan los misterios que celebramos en el Adviento. Si en esta gran familia que es la Iglesia se encuentra alguno que no plantee su vida en la clave del servicio y de la misericordia, es mejor que se marche.

En ocasiones, como puede ser la actual, solo *el silencio elocuente de la oración* es el propósito y la actitud más recomendable, y yo me atrevería a decir, que es la más cristiana. Evitemos todo género de juicios precipitados y dejémoslos en manos de aquellos que tienen esa misión dentro de nuestra sociedad. No caigamos en la crítica fácil - el papa Francisco lo dice de una forma coloquial que todos entendemos *¡cuidado con el cotilleo!* - no nos entretengamos en conversaciones negativas que terminan haciéndonos daño porque nos manchan a nosotros mismos; seamos constructivos, apóstoles alegres, positivos en nuestra apreciaciones y, cuando no podamos decir cosas buenas de los demás, ¡callémosnos! El mal hay que extirparlo para que no siga dañando, pero no lo haremos si sólo nos contentamos con airearlo o enmascararlo y si obramos así podemos



---

llegar a pensar que es lo único que existe, olvidándonos de los otros rostros de la realidad. Venzamos el mal en abundancia de bien.

Aprendamos de la actitud de la Virgen de Nazaret ¡la Inmaculada! Que en el silencio de su vida guardaba muchas cosas en su corazón y así nos enseñó el camino de la corredención. Que en este Adviento de 2019, enmarcado dentro de las Asambleas sinodales y señalado con el signo de la cruz, que es camino de transformación y de gloria, se abran para todos y cada uno de los hijos e hijas de la Iglesia en Ourense un camino de conversión personal y comunitario para ser agentes vivos y comprometidos en la nueva tarea evangelizadora. No lo olvidemos, “*Él mismo abre el camino*” como nos recuerda el lema escogido para este Adviento. Sí, hermanas y hermanos míos ¡no tengamos miedo! El mismo Señor camina con nosotros y nos da la seguridad de que con Él no nos equivocaremos. Sigámosle de cerca para que resplandezca la belleza de la santidad de la Iglesia y el bien venza al mal, al igual que lo hizo la Inmaculada Virgen María.

¡Qué así sea!

## Misa Exequial del Rvdo. Sr. D. Higinio Fernández Novoa

Verín, 17 de diciembre de 2019.

Filp 3, 20-21 (p. 1226).

Jn 14, 1-6.

*Queridos hermanos sacerdotes, quisiera manifestar mis sentimientos de pesar a los familiares de D. Higinio, y manifestarle nuestro sentimiento de pesar por el fallecimiento de este hermano sacerdote que formaba parte de esta gran familia que es el Presbiterio Diocesano de esta Iglesia en Ourense.*

*Hermanos y hermanas en el Señor:*

En este camino de Adviento, casi a las puertas de la Natividad del Señor, nuestro hermano, con su morir ha vivido el sentido más profundo que se esconde detrás de este tiempo litúrgico. Prepararse para la venida del Señor, que viene, que se acerca, que está aquí y que un día, seremos nosotros los llamados y otros los que rezaran por nosotros

*Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo (Filp. 3,20)*

*¡Somos ciudadanos del cielo!* La certeza que da a nuestras vidas en momentos como éste la Palabra del Señor que acabamos de proclamar, nos ayuda y nos alienta, y se convierte para todos, de algún modo, en un signo de esperanza. Somos ciudadanos de un cielo nuevo y de una tierra nueva que muy poco tienen que ver con esta tierra que contemplan nuestros ojos y que pisan nuestros pies. Sin embargo, aunque son distintas realidades, ambas se entrecruzan en el horizonte del corazón humano.

Es ahí, precisamente ahí, en el corazón del ser humano, en lo más íntimo del ser humano, donde cielo y tierra se tocan y adquieren su sentido último y definitivo. D. Higinio, conocía y vivía bien los misterios del Señor, los vivía y los sentía desde la debilidad y la fragilidad humana, desde la pobreza de la inteligencia humana, y que muchas veces los predicó, como un fiel heraldo del Evangelio, como un sacerdote que se mantuvo fiel hasta el final nos ayuda también hoy a abrirnos a esa hermosa y profunda realidad.

Es verdad, parece que la muerte de un sacerdote que estaba enfermo, y ya anciano, no nos duele tanto, y sin embargo no es esa la realidad; ni siquiera sería este el verdadero sentido de esta celebración. Existe una relación estrecha en estas dimensiones de la existencia humana: cielo-tierra, y nuestra vida cotidiana; de ellas son conscientes los sacerdotes cuando se acercan a la celebración del misterio o ayudan a sus hermanos laicos a dar el paso a la eternidad. Ellos saben bien que, en la medida en que vivimos de una forma más comprometida, más auténtica, nuestra vocación cristiana, así gozaremos de una mayor plenitud en la eter-

nidad. Es precisamente esa certeza la que le ha llevado a San Agustín a proclamar que ese Dios que nos creó sin contar con nosotros no nos salvará sin tenernos en cuenta a nosotros mismos, es decir, sin tener en cuenta nuestro propio querer. De algún modo podemos decir, mis queridos hermanos, que tenemos en nuestras manos nuestra propia eternidad. La eternidad que como regalo de Dios ha sido sembrada en cada uno de nosotros a través del Bautismo.

A lo largo de su vida sacerdotal, nuestro hermano *ejerció el ministerio sagrado en bien de la Iglesia*. Muchas veces, con sus palabras, enseñó que para llegar al Reino y gozar eternamente de la Gloria de Dios es necesario enseñar y seguir la vía que nos conduce a Él, a Jesucristo; así nos lo recordaba el Evangelio que acabamos de proclamar, Jesucristo, nuestro Señor, se nos presenta como *el Camino, y la Verdad, y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí* (Jn 14,1-6).

Gracias a Dios, han sido muchos los años de servicio a la Iglesia que nuestro hermano ha realizado, fueron más de cincuenta años de ejercicio en el ministerio sacerdotal. Ha ocupado su vida en la noble tarea de la atención sacerdotal a nuestras iglesias rurales. No ha pedido más. Gracias a Dios, hoy, al vivir y al participar en esta Santa Liturgia, en la que estamos celebrando las exequias de nuestro hermano D. Higinio tenemos que dar gracias a Dios Nuestro Señor, por los años de fidelidad en el ministerio sacerdotal. Y por su disponibilidad al Obispo en las tareas que le encomendó; por eso, con las palabras del libro del Apocalipsis, podemos decir: *Sus obras le acompañan* (Apoc. 14,13). Obras de las que muchos de vosotros sois conocedores. Pero muchas otras que nosotros ignoramos. Que no hemos sabido, ni sabremos en esta tierra contemplar, valorar y descubrir. Que solo Dios ha sido y es el único testigo y juez misericordioso de todas ellas.

No ha dejado una autobiografía...nadie ha conocido plenamente su historia...¡Sólo Dios!

Cuántas cosas no somos capaces de descubrir, ni de valorar en la existencia de un sacerdote, de nuestro hermano: ¿quién, de los que está aquí, puede computar las horas de servicio a los demás a través del ejercicio callado del ministerio sacerdotal? ¿Quién puede calcular y valorar las horas en la administración de los sacramentos y de las demás cosas santas? Las horas que ha dedicado a lo largo de su existencia a la lectura y la oración de la Liturgia de las Horas en nombre de la Iglesia, es decir, en nombre de todos los que estamos aquí, conocidos y desconocidos. ¡Y qué podemos decir de la labor socializadora de su ministerio en esta zona! La existencia fiel, entregada y apasionante de nuestros sacerdotes es un misterio ignorado para muchos de nosotros. Ignorado y, muchas veces, poco valorado. Lo entenderemos en la eternidad. Esperemos que, entonces, no sea tarde para algunos. Porque no nos olvidemos hermanas y hermanos míos, nosotros tenemos nuestro tiempo, pero Dios tiene su momento y en sus manos está el don de la eternidad.

Hermanos míos, cuando uno de nuestros sacerdotes, aunque sea anciano, se nos muere, nuestro corazón siente algo en lo más íntimo de su propio ser. Vuela hacia nuestro Seminario diocesano, allí donde se formó durante tanto tiempo D. Higinio hasta ser ordenado sacerdote en aquel lejano 21 de diciembre de 1965, cuando estaban a punto de concluir las sesiones del Concilio Vaticano II. No nos consta que haya hecho grados académicos en otros centros además del Seminario de Ourense, aunque bien es verdad que desde siempre mantuvo una especial preocupación por estar al día en las ciencias sagradas y humanas. Por eso, esta oración por nuestro hermano sacerdote se torna también en una súplica al Buen Dios para que nos conceda buenas y santas vocaciones al ministerio sacerdotal. Sacerdotes, sanos, libres, abiertos al querer de Dios, hombres de comunión y disponibles para servir a la Iglesia allí donde se necesiten sus servicios.

Mis queridos Hermanos en el sacerdocio: ¡Seamos fieles!. Luchemos por ser fieles mientras Él, el Señor, el Crucificado-Resucitado no nos lleve consigo, para que donde esté Él, también estemos nosotros. En esos cielos nuevos y en esa tierra nueva, que el apóstol San Pablo dice que *ni ojo vio, ni oído oyó*, lo que Dios tiene preparado para los que le aman. Entre esos amados de Dios están nuestros sacerdotes. Hoy, de manera especial, esperamos que también esté nuestro hermano sacerdote.

Somos afortunados, hermanas y hermanos míos. La fe nos indica cuál es el Camino: Jesucristo. Y también nos dice cuál es la meta: cielos y tierra nuevos, vistos y contemplados desde esa eterna novedad, que nos abre a esa dimensión desconcertante y misteriosa, pero real. Mientras vivimos en esta esperanza, luchemos por ser fieles, cada uno de los que estamos aquí, ¡fieles en nuestra vocación!. Vivamos la exigencia de nuestros compromisos cristianos como creyentes siendo conscientes de la ternura de nuestro Padre Dios que es rico en misericordia. Amemos y queramos, cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, a ésta que es Madre y Maestra, la Madre Iglesia, que hoy nos acoge a cada uno de nosotros, en este momento de oración por un hermano sacerdote en su tránsito a la eternidad. Y que ella, la Madre Iglesia, nos acoja a cada uno de los que estamos aquí, de tal manera que nos ayude a descubrir cuál es la voluntad de Dios sobre nuestra vida.

A lo largo de estos ochenta y seis años de la existencia de nuestro hermano, desde que nació en aquel 25 de diciembre de 1933 en San Miguel de Navea, hasta estos últimos años, su vida se fue desgranando paulatinamente en un sinfín de lugares, de manera especial, casi en este entorno geográfico. Es bueno recordar en estos momentos los nombres de algunos lugares en donde se hizo presente D. Higinio a través del ejercicio de su ministerio: Santa Mariña de Castromil - en el extremo de nuestra Diócesis tocando la provincia de Zamora. Allí comenzó su ministerio -, Santa María de Rabal, San Isidro de Drados, San Paio de Fitoiro,

San Cristobal de Chaveán, San Andrés de Fonteita, San Pelagio de Cabanas, Santa María de Sanjurjo, Santa María Magdalena de Cerdeira, San Miguel de Navea y, sobre todo, San Juan de Río en donde vivió como un vecino más hasta su muerte, y en otros muchos lugares donde la presencia de nuestro hermano ha sido, y ha querido ser, un signo de la presencia del Crucificado-Resucitado.

Hoy nosotros, hijos de esta Iglesia, diocesana, nos unimos en oración pidiendo por aquél que sintiéndose como peregrino fascinado por el absoluto de Dios, entregó su vida, en un momento determinado de su existencia, y hoy, esa existencia suya ha sido acogida por las manos del Dios misericordioso, en el seno de la Iglesia del cielo. Dentro de unos momentos vamos a enterrar su cuerpo. Y lo enterramos como un símbolo, de tal manera que así como la semilla tiene que enterrarse en el surco para que dé fruto, que nuestro hermano sacerdote, enterrado en el surco de la tierra que le vio nacer, dé fruto, un fruto de vida eterna.

A lo largo de su vida, cuántas veces sus labios han pronunciado el nombre de Santa María. A la Virgen Madre, Madre especialmente de los sacerdotes, encomendamos a nuestro hermano y le pedimos, al mismo tiempo, que nuestro corazón se llene de esperanza, porque tenemos la certeza de que el Señor nos tiene preparado un camino que nos lleva a ese lugar, ¡recordad lo que nos decía el Evangelio de Juan!. El Dios de la Misericordia nos tiene preparada una morada para cada uno de nosotros, desde el principio de nuestra existencia.

Quisiera concluir mis palabras con la oración que nos ofrece la liturgia de la Iglesia para alimentar nuestra piedad y fortalecer nuestra esperanza:

*Venid en su ayuda, Santos de Dios; salid a su encuentro, Ángeles del Señor recibid su alma, y presentadla ante el Altísimo.*

Que los Santos Ángeles, a los que nos encomendamos, cotidianamente, en la liturgia Eucarística, salgan al encuentro de nuestro hermano sacerdote y le conduzcan, bajo la mirada de la que es Inmaculada y misericordiosa, al corazón del Buen Dios en las moradas eternas.

¡Que así sea!

## DISCURSOS

### **A los miembros de la Asamblea Sinodal con motivo de la Primera Sesión de la Misma**

Seminario Divino Maestro, 26-10-2019.

*Queridos Sinodales:*

Ante todo quisiera agradeceros de corazón vuestra presencia tanto en nombre de esta Iglesia en Ourense como en el mío propio, y doy gracias al Señor por el entusiasmo con que habéis acogido este camino pastoral extraordinario que es el Sínodo Diocesano. Sé bien que esto ha supuesto para casi todos vosotros un sobre-esfuerzo en vuestras tareas y compromisos eclesiales. Todos somos conscientes de que estamos viviendo unos momentos muy especiales de nuestra historia. No nos olvidemos que la historia es ese dinamismo interno al ser humano y también a la misma Iglesia que le afecta en virtud de su encarnación en este espacio y en este tiempo. Este Sínodo no solo es un acontecimiento pastoral sino que afecta a nuestra historia comunitaria, a la historia multiseccular de nuestra Diócesis ¡Ya han pasado 111 años del anterior Sínodo, convocado por uno de mis predecesores Mons. Eustaquio Ilundain y Esteban (1904-1921).

Como bautizados somos herederos de un pasado lleno de luces y sombras, de santidad y pecado, de acontecimientos de pobreza y de debilidades tanto personales como institucionales; sin embargo, la historia es un dinamismo que avanza aunque nosotros no queramos. Esta historia nos viene dada y la vivimos como un presente que es acontecimiento de gracia y a la vez un misterio de Dios, sin embargo, no podemos olvidar que esta historia, querámoslo o no, está actuando en nuestra existencia cotidiana. Esta Asamblea del Sínodo Diocesano es un don del Espíritu para esta Iglesia y para cada uno de los que en ella vivimos nuestra fe, aunque nos cueste trabajo creerlo, después de estos tres años de camino sinodal, todavía hay personas en nuestra Iglesia que, o bien no se han enterado, o no han querido saber nada de este acontecimiento pastoral de comunión. En la medida de nuestras posibilidades, ayudémosles a saber descubrir que el Sínodo es un don del Espíritu no sólo para nuestra Iglesia Diocesana, sino también para ellos mismos.

Demos gracias al Buen Dios porque nos ha concedido ser agentes de este acontecimiento de gracia. En esta corriente viva de eclesialidad, haciendo uso de nuestra libertad, podemos ser agentes actuando y participando en ella, o también espectadores de la misma. A lo largo del acontecer histórico siempre ha habido personas que se convirtieron en meros espectadores, que se situaron a la vera del camino, ajenos al acontecer histórico y, si cabe, instalados en una mera contem-

plación manteniendo la distancia del devenir de los acontecimientos eclesiales, incluso llegando a pensar que todo esto es un “tinglado” inventado por el obispo y por sus más estrechos colaboradores y sólo sirve para perder tiempo, energías personales y dinero. A ellos se les podrían aplicar las palabras del papa Francisco: *Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el máspreciado de los elixires del demonio”. Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!*<sup>1</sup>

Os ruego que animéis a aquellos que todavía siguen situados a la vera de este camino sinodal. Os invito a que no nos convirtamos en *profetas de calamidades*, como escribía san Juan XXIII, refiriéndose a aquellos que elevaban sus voces críticas contra el Concilio Ecuménico Vaticano II, apenas anunciada su convocatoria. No nos dejemos robar la esperanza, y no perdamos la alegría de esta invitación que nos hace la Iglesia para implicarnos más en esta nueva tarea evangelizadora y, recordad que como hombres y mujeres de fe sabemos que los fracasos santifican, pero las omisiones no.

Si volvemos la mirada hacia lo que nos rodea descubrimos una serie de cambios acelerados que con gran rapidez, gracias a los medios telemáticos, llegan no sólo a los últimos rincones de esta Diócesis, sino que se hacen presentes en cualquier rincón de esta “aldea global” que es el mundo. Hace tan sólo unos días, uno de nuestros hermanos sacerdotes me contaba que había participado en una audiencia general con el papa Francisco y que, al finalizar este acto, pudo saludar al Santo Padre. Se presentó como sacerdote de esta Diócesis y le manifestó que estábamos realizando un Sínodo Diocesano y que rezase por nosotros. El papa Francisco le dijo que ya lo sabía y que así tenía que ser, que ese era el camino. Os aseguro que yo no se lo comuniqué al Papa, tan sólo al Sr. Arzobispo Metropolitano, como era mi obligación y, los demás se enteraron a través de los medios de comunicación que tenemos en la Diócesis. Pienso que el informador del papa habrá sido alguna persona cercana a él y que quiere a esta Diócesis.

Sea como fuere estamos viviendo cambios acelerados que experimentamos en nuestra manera de pensar y obrar, incluso en nuestros sentimientos más íntimos; en las familias; en el corazón de nuestros niños y jóvenes en donde crecen con fuerza y pasión una serie de pautas de comportamiento que modulan sus vidas; en la sociedad rural y urbana; en la manera de sentir y vivir nuestra conciencia de “ser Iglesia”. Cambios que a veces afectan dolorosamente el ánimo de nuestros fieles y condicionan su manera de vivir su existencia creyente.

Estos procesos tan complejos, y otros muchos que no he señalado por breve-

---

1 FRANCISCO, Exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, n° 83. (EG)



dad, están causando una grave crisis del sentido de la verdad que ha generado la *persuasión de que toda verdad es contingente y revisable, y de que toda certeza es síntoma de inmadurez y dogmatismo. De esta persuasión fácilmente puede deducirse que tampoco hay valores que merezcan adhesión incondicional y permanente*<sup>2</sup>. De ahí arrancan las modas de pensamiento que suponen una corrupción de la idea y de la experiencia de libertad que ya no es concebida como esa capacidad que posee el ser humano para realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el mundo, el hombre y la sociedad, sino que ésta se convierte en una fuerza autónoma de autoafirmación individual, en definitiva, en un proceso de autorreferencia del individuo. Esta nos lleva a una quiebra de la persona humana porque, cuando se arrincona toda referencia a la naturaleza y a la creación, y por consiguiente al Creador, el ser humano pierde la perspectiva auténtica de su fin y del sentido último de su vida<sup>3</sup>. A todo este proceso le sigue el secularismo, el modelo cultural laicista que está afectando a nuestros fieles y a nosotros mismos y, no podemos olvidar que una mentalidad pansexualizada y hedonista, que convierte a la persona humana en una mercancía que se puede consumir a la carta, está produciendo un grave deterioro en las costumbres y en los comportamientos éticos tanto de niños y jóvenes, como de personas mayores.

Ante esta panorámica que perfila el horizonte y los puntos de referencia de nuestra sociedad y, por consiguiente, de nuestra Iglesia, se nos planta un reto a todos, tanto pastores, como consagrados y seculares – a todos los que formamos parte de esta Asamblea Sinodal- que, acogiendo la invitación del papa Francisco, ante este “giro histórico” que está viviendo la humanidad<sup>4</sup>, nos hace partícipes de ese sueño que consiste en *una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial (en especial la parroquia) se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto preservación*<sup>5</sup>.

Nuestro Sínodo Diocesano es un acontecimiento eclesial que busca, sobre todo, esa conversión pastoral y quiere situar nuestra Iglesia particular en esa nueva tarea evangelizadora para que, reencontrada la frescura y el ardor del primer amor por el Señor crucificado resucitado, pueda evangelizar nuestro mundo urbano y rural. Por otra parte, no podemos olvidarnos que *la periferia más desolada de la humanidad necesitada de Jesucristo es la indiferencia hacia la fe o incluso el odio contra la plenitud divina de la vida*<sup>6</sup>. Indiferencia que en ocasiones resulta descorazonadora e incluso, imposibilitante. Ante esta situación ¿Qué podemos

---

2 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, La verdad os hará libres, nº 22.

3 Cf. VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, nº 10 (GS)

4 EG, nº 52.

5 EG, nº 57.

6 FRANCISCO, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones*, 2018.



hacer? ¿Qué podemos hacer ante esas actitudes duras y agresivas de nuestros adolescentes contra la Iglesia y sus estructuras, e incluso contra el mismo Dios? No hay razones suficientes ante esas actitudes que resultan muy pasionales y poco racionales. ¿Qué podemos hacer para lograr que el Evangelio vivo, que es Jesucristo, penetre en los ambientes deportivos y lúdico-festivos de nuestros jóvenes y de las personas maduras?

Ante todas esas dificultades y otras muchas, la trasmisión de la fe, corazón de la Iglesia, se debe realizar por un “contagio” de amor; en este sentido, las realizaciones solidarias y caritativas son una puerta para un encuentro con ese rostro desconocido, pero real, de la misma Iglesia. Tantas veces hemos podido comprobar que se rechaza lo que se desconoce. Esforcémonos por dar a conocer el auténtico rostro de nuestra Iglesia con sus pobrezas, pero con sus muchas riquezas. Por eso, una fe vivida con alegría y entusiasmo es más expresiva a la hora de proponer la fe en Jesucristo y encontrar así sentido y plenitud a la vida.

El Sínodo Diocesano quiere ayudarnos a responder a esta pregunta ¿qué haría Cristo en mi lugar? En mi aldea, en la parroquia, en mi comunidad, en mi grupo de amigos, en el ambiente de trabajo. En todas las circunstancias y ocasiones en las que cada uno de nosotros se encuentre, sabemos bien que nosotros somos el rostro de esta Iglesia. No sólo el Obispo, ni el sacerdote, ni la religiosa, también el laico es Iglesia, porque, como manifesté en mi carta pastoral *Iglesia en camino “a lo esencial”*, publicada con motivo del anuncio de este Sínodo Diocesano, conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es nuestra gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos, y a cada una de sus personas<sup>7</sup> (carta pastoral, p 52-53)

No nos olvidemos que, de suyo, por el mismo hecho de salir de nosotros mismos, y de nuestros intereses y preocupaciones, para unirnos a los otros, nos hace mucho bien, y más cuando nos reunimos para reflexionar sobre cómo podemos ser más y mejores hijos de esta Iglesia. Que a lo largo de estas Asambleas, no nos olvidemos de hacer momentos de oración para dejar que en el silencio elocuente de la actitud orante, podamos dar espacio a la intervención del Espíritu Santo en esta Asamblea eclesial.

---

7 Carta pastoral *Iglesia en camino “a lo esencial”*, Ourense 2016, pp. 52.53.

## A los miembros de la Asamblea Sinodal con motivo de la Segunda Sesión de la Misma

Seminario Mayor, 16 de noviembre de 2019.

*Hermanas y Hermanos sinodales:*

Con el corazón lleno de agradecimiento al Padre de Nuestro Señor Jesucristo que la fuerza del Espíritu Santo nos ha vuelto a convocar en esta II Asamblea Sinodal, renuevo mi agradecimiento a todos y a cada uno de los presentes, también a aquellos que sin que se vea le han dedicado *gratis et amore*, muchas horas a leer, estudiar, discernir, sintetizar y conjuntar tantas observaciones que habéis presentado. Agradezco, también, el servicio eficaz que nos han prestado y prestan los seminaristas, tanto del Divino Maestro como los del Redemptoris Mater, que como una sola realidad viva, alegre y esperanzada nos están ayudando.

Nuestra experiencia sinodal ya tiene su recorrido, recordad que estamos en camino desde el año 2016; de ahí que las reflexiones que escuchamos y se nos ofrecen han madurado con estudio, muchas consultas y fueron empapadas por la oración de muchas personas. Hemos partido de aquel proyecto recogido en mi carta pastoral *¿Querer creer!* (2012), aquellos deseos fueron potenciados e iluminados por la exhortación postsinodal *Evangelii gaudium* (2013) que acogimos con gozo y como un reto pastoral hecho a esta Iglesia, un eco de aquella realidad quedó reflejada en la carta pastoral *Ourense en misión* (2015) en donde se nos lanzó un reto para *ir a lo esencial*<sup>1</sup> y lograr así una conversión pastoral apoyada en la conversión persona y comunitaria.

Todos los que formamos parte de la Iglesia en Ourense, desde el Obispo al último de los bautizados, hemos sido llamados para ponernos en camino con María, y contando con el patrocinio de san Martín, no sólo el de Tours, sino, de manera especial con san Martín de Braga “evangelizador de nuestro pueblo” cuya vida nos da la clave de esta nueva tarea evangelizadora a la que nos invita este Sínodo Diocesano, hacer de todos nosotros, como lo hizo el Espíritu con san Martín de Braga, auténticos discípulos misioneros.

Queremos ser una Iglesia que no busca supuestos privilegios perdidos, sino que deseamos ser y vivir la experiencia de una gran familia constituida por muchos hogares que desea compartir la alegría de la fe que ha hecho tan fecunda su historia, que nos señala un horizonte lleno de belleza y esperanza y que quiere crecer por medio del testimonio coherente, *por atracción*, como les recordaba el papa Benedicto a los obispo el 13 de mayo de 2007, en Aparecida.

Sí, mis queridos hermanos y hermanas sinodales, la Iglesia evangeliza por

---

1 Carta pastoral con motivo de apertura del Sínodo Diocesano, *Iglesia en camino “a lo esencial”*, 2016.

atracción, gracias a la recepción de los sacramentos, de la acción de gracias, el testimonio de una vida santa, de la disponibilidad y entrega de los agentes de pastoral – especialmente de los sacerdotes y de los miembros de la vida consagrada -, de la abnegación y de la caridad operante<sup>2</sup>.

Ante una sociedad en donde se constata muchas veces que estamos dominados por una mentalidad de poder, de rivalidad y de divisiones ideológicas paralizantes que impiden llevar adelante cualquier tipo de progreso auténtico de nuestro pueblo y de sus gentes; una sociedad en donde, a veces, percibimos un declive de la alegría cristiana, una pastoral anémica o estéril, acompañada en ocasiones por campañas mediáticas destructivas sobre todo contra la Iglesia sus ministros y sus instituciones, nos ponemos en camino con esperanza acogiendo como don del Espíritu la llamada a la conversión personal y comunitaria.

Aunque resulte reiterativo, os agradezco, una vez más, vuestra presencia y colaboración entusiasta. Os felicito por el clima de cordialidad y de comunión que habéis manifestado en la primera Asamblea y ruego a Dios que ese sea el “tono vital” de la que estamos iniciando y de las siguientes.

Os invito a que tengáis esa auténtica *parresía* de los hijos y de las hijas de Dios, que en medio de esta gran familia que es la Iglesia, hablan, aportan y dialogan con auténtica libertad, sin temores ni recelos. Sé bien que lo haréis porque queréis a esta Iglesia y os duele todo lo que a ella le afecta. No os olvidéis que la Asamblea sinodal no sólo es para discutir y aprobar una serie de proposiciones muy bien redactadas en galego o en castellano ¡viva la libertad de expresión! Pero si solo nos quedamos en eso, al final nos podemos encontrar con un libro que recoge todo lo que se dijo pero que resulta poco práctico y operativo. Vosotros sois aquí la mente, el corazón y los ojos de los hijos de esta Iglesia que habéis sido convocados para ayudar al Obispo en el ejercicio de su ministerio pastoral. Este es el lugar adecuado para reflexionar sobre todo aquello que nos ocupa y preocupa, buscar soluciones, aportar sugerencias. Es mejor que sea aquí, en esta Asamblea y no en otros lugares en donde manifestéis vuestras opiniones y sentimientos con respeto y caridad. ¡Apuntemos alto! No nos quedemos en lo anecdótico o en la simple crítica, ni siquiera en las observaciones gramaticales o de estilo. Os invito a que vayamos a las causas o raíces que están embocadas tras esas situaciones que tantas veces vivimos y sufrimos en nuestras comunidades de referencia, de manera especial en nuestras parroquias, y que tanto hacen sufrir a la Iglesia.

Estamos reflexionando sobre la Parroquia, es la representación de la iglesia en medio de las casas habitadas por los fieles, pero la parroquia ha cambiado, ha experimentado transformaciones. En varias ocasiones ya hemos hablado de las *Unidades de Atención Parroquial*, las hemos establecido por decreto y se les ha dado un marco jurídico pastoral. ¿Cómo potenciar estas estructuras o las zonas

---

2 Cf. VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, nº 10 final.

pastorales o arciprestales?, ¿es necesario reconvertirlas, revitalizarlas, suprimirlas, potenciarlas?

Entre los agentes pastorales, la figura más importante, por lo que éste significa y supone en el servicio ministerial a la comunidad, está el sacerdote. En la actualidad ya no sirve aquello que se ha dicho, un cura, una parroquia. ¡No es posible! ¿Cómo podemos resolver este problema?. ¿Qué le pide el Sínodo al Obispo?. ¿Qué le pide a los sacerdotes tanto del ámbito rural como urbano?. Sin pretender clericalizar a los laicos, ¿cuál debe ser la aportación de los seglares a la vida parroquial, de las UaPs, del arciprestazgo?

Quisiera para terminar, haceros llegar una preocupación: Cuando realizo la Visita Pastoral me doy cuenta de la riqueza artística, orfebreística, documental, de nuestra Diócesis y, en ocasiones me doy cuenta de la precariedad en la que se encuentra y en la falta de seguridad. Creo que es urgente reflexionar sobre los pasos que debemos dar para custodiar este patrimonio.

¡Os lo repito! Sin miedos y con libertad ¡Apuntemos alto! De forma concreta y precisa, con caridad y delicadeza, brevemente, para que otros sinodales también puedan hacer llegar su voz y sus aportaciones.

Demos gracias a Dios por este tiempo de gracia y acojamos todo lo que el espíritu nos manifieste a través de los hermanos y seamos testigos alegres y esperanzados de todo lo que aquí hemos visto, oído, celebrado y vivido. Muchísimas gracias.

## A los miembros de la Asamblea Sinodal con motivo de la Tercera Sesión de la Misma

14 de diciembre de 2019.

*Mis queridos hermanos y hermanas sinodales:*

Celebramos en este día, 14 de diciembre de 2019, memoria litúrgica de san Juan de la Cruz, la III Asamblea Sinodal, en este caso, nuestra reflexión se centrará sobre el 2º Documento que ha sido objeto de reflexión y estudio en los grupos sinodales y en las asambleas arciprestales; como sabéis el título es muy sugerente: *Una Iglesia en salida: acogedora, samaritana y transformadora en el corazón del mundo*. Ya solo el enunciado constituye una hermosa definición de lo que queremos y deseamos que sea nuestra Iglesia.

Ante todo quisiera manifestaros en nombre de esta Iglesia, y en el mío propio, mi más sincero e íntimo agradecimiento por vuestra participación responsable y por la fidelidad con la que vivís vuestro compromiso con esta Iglesia, con vuestros hermanos y hermanas, y con vuestro obispo. Os invito, nuevamente, a que reviváis esta participación de forma libre y auténtica, desde la verdad del Evangelio de la Vida, que es el mismo Jesucristo, que nos ha ganado la mejor de las libertades: la *libertad de los hijos de Dios*. Gracias a esa filiación divina que brota de nuestro bautismo, nos sentimos hijos y hermanos, y como no, nos sentimos parte activa de esta gran familia que es la Iglesia. Una Iglesia que muestra *la belleza de este rostro pluriforme*<sup>1</sup> que está constituida por:

*Los seglares o laicos* – que sois la mayoría de las personas que formáis parte de la Iglesia, que habéis recibido el regalo del Bautismo y vivís las exigencias de esa consagración bautismal en medio de vuestros trabajos y ocupaciones cotidianas llevando a cabo la nueva tarea de la evangelización del mundo a través de un sinfín de tareas seculares, sazonando -siendo luz y sal- con el dinamismo del Evangelio las estructuras temporales;

*Los miembros de la vida consagrada* que ilumináis las encrucijadas de nuestra tierra y de sus gentes con la luz y el silencio orante y elocuente de vuestras vidas entregadas -os encomiendo de manera especial, en estos momentos, a la Hna. Maria Teresa, *Franciscana Misionera de la Madre del Divino Pastor*, que ayer ha partido para la Casa del Padre-; vuestra presencia como consagrados en nuestra Iglesia es un signo de la Bondad de Dios para con nosotros y un grito elocuente de esperanza en la nueva Vida.

Y, por supuesto, estáis *los sacerdotes* que en medio de las dificultades con las que os encontráis vivís con fidelidad vuestra consagración al Señor y os entregáis al servicio del santo Pueblo de Dios, sabiendo bien que todos tenemos la certeza

---

1 FRANCISCO, Exhortación *Evangelii gaudium*, nº. 116.

de que llevamos el don hermoso del ministerio en esas vasijas de barro, pero no nos olvidamos de aquello que nos dice al Apóstol: *Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad* (2 Cor 12, 9).

Todos los que estamos aquí, sea cual sea nuestra situación en la vida, con la ayuda del Espíritu queremos que esta Iglesia sea cada vez más hermosa y resplandezca con la fuerza de la santidad de todos sus miembros. Soy consciente de que vuestra presencia es signo de vuestro amor a la Iglesia, una Iglesia que amamos, a la que queremos servir y deseamos que sea cada vez más hermosa, acogedora, samaritana y transformadora del corazón de nuestras gentes y de nuestro mundo. Una Iglesia que también nos duele y que como madre nos exige mayor coherencia de vida.

A pesar de las voces pesimistas que se escuchan en nuestro entorno; a pesar del ruido mediático con el que nos sorprenden algunos acontecimientos dolorosos que pretenden afear el ser de la Iglesia; a pesar de las instalaciones cómodas en las inercias pastorales de algunos que tantas veces nos impiden llevar a cabo un proyecto pastoral inteligente; a pesar de los pesimismos y cansancios que son comprensibles, quisiera manifestaros que en la verdadera filosofía de la vida de los mejores *hijos de la Iglesia*, que son los santos, como nos lo recuerda de una forma elocuente la biografía de san Juan de la Cruz, cuya memoria litúrgica hoy celebramos, sabemos bien, porque lo hemos experimentado tantas veces en carne propia, que si arrecian la contradicción y la cruz, y de manera especial la contradicción de los buenos, ¡los de la propia familia!, ¡los de nuestra casa!, es porque caminamos. Recordad las persecuciones, críticas y cárcel que sufrió san Juan de la Cruz de sus propios hermanos religiosos y de la misma jerarquía de la Iglesia. La doctrina de este santo doctor sigue enseñándonos también hoy *cómo no se puede llegar a la «espesura» y sabiduría de las «las riquezas de Dios», que son de muchas maneras, si no es entrando en la «espesura del padecer» de muchas maneras, poniendo en eso el alma su consolación y deseo.*<sup>2</sup>

A pesar de todo esto, nosotros hemos sido llamados a caminar juntos y así tenemos la certeza de que caminamos bien, y estamos seguros de que nuestro camino lo quiere el Señor porque caminamos unidos, caminamos sinodalmente. Y, creedme, este es el *auténtico camino que el Espíritu quiere hoy para la Iglesia*. La sinodalidad. Ayudemos a nuestros hermanos para que se convenzan de que este es el futuro, la esperanza de nuestro ser y de nuestra existencia como cristianos en el seno de esta Iglesia.

En este sentido, y pensando en el tema de nuestra reflexión de hoy, quisiera haceros partícipe de aquellas palabras que nos ofrece el papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium*; son una expresión de lo que somos como Pueblo de Dios que camina. Nos dice:

---

2 JUAN DE LA CRUZ, *Canciones*, 37, 4 y 36.

“En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace *infallible «in credendo»*. Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe (...) Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un *instinto de la fe* -el *sensus fidei* – que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que les permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión”.

A la luz de estas palabras, palabras de la Iglesia a través del nuevo Pedro que la preside como cabeza del Colegio de los Doce, vuelvo a invitaros para que viváis y os manifestéis con auténtica libertad evangélica, dentro de los límites que nos ofrece la dinámica de esta Asamblea, que son el respeto mutuo y, de manera especial, la acogida de todos los matices y opiniones que deben ser discernidos sinodalmente. En la Iglesia necesitamos escucharnos más, acogernos mejor y no cansarnos de mantener la tensión positiva de ese diálogo al que nos invitaba san Juan XXIII; es una tensión que nos empuja a ser siempre propositivos y evitar instalarnos en la crítica sin más, y mucho menos en la crítica negativa y pesimista que, además de ser una enfermedad del alma, emponzoña toda la vida de la comunidad.

Por don de Dios, estamos situados en el marco litúrgico del Adviento: Avivemos la esperanza y la confianza en que *“él mismo abre el camino”* (Is. 35,8), tal como reza el lema de la Diócesis para este tiempo; pero, si es verdad que el mismo Señor camina con nosotros, no es menos cierto que necesita nuestra colaboración; os invito a que como Santa María Madre digamos *“hágase”, “cúmplase”* la voluntad de Dios. Esta invitación se dirige a todos, no solo a los que viven una especial consagración o un ministerio peculiar dentro de la Iglesia, sino a todos, también a vosotros los hombres y mujeres seculares, porque como bien nos recuerda el Vaticano II, *los laicos, siguiendo esta misión, ejercitan su apostolado tanto en el mundo como en la Iglesia, lo mismo en el orden espiritual que en el temporal: órdenes que, por más que sean distintos, se compenetran de tal forma en el único designio de Dios*<sup>3</sup>. Vosotros, los seculares, sois la mayoría numérica en la Iglesia y estáis vocacionados *para impulsar una nueva evangelización, avivar y renovar la vida de nuestras comunidades –diócesis y parroquias-, y promover la evangelización misionera, es preciso que se reconozca efectivamente la dignidad y responsabilidad de los laicos y se promueva su participación en la Iglesia y en la sociedad civil* (CLIM nº 30).

Hermanos míos, vivimos inmersos en un mundo concreto y en una sociedad

---

3 VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*, nº 5



determinada, no podemos caer en espejismos ni en falsear la realidad. Sabemos bien que en la sociedad actual corremos el riesgo de vivir una cierta *invisibilidad del ser creyente* (no mostrarse, pasar desapercibido como cristianos, convertirnos en una *persona líquida*, que se adapta y amolda según lo que sea políticamente correcto y de acuerdo con lo que sea bien valorado en cada situación). Hoy nos aqueja un fuerte *individualismo*. Fijaos, ya el Vaticano II, hace más de cincuenta años, les decía a los laicos: *El apostolado de los seglares, que brota de la esencia misma de su vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia (...) Nuestro tiempo no exige menos celo en los seglares. Por el contrario, las circunstancias actuales piden un apostolado seglar mucho más intenso y más amplio*<sup>4</sup>. Es más, tenemos que afirmar con fuerza que *“en un mundo secular los laicos -hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos-, son los nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo que se les ha dado. La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará* (CLIM N° 148).

No estamos aquí para deciros cosas más o menos bellas, que alaguen vuestros oídos. Las reflexiones realizadas en los últimos años por nuestros pastores en España nos han invitado a redescubrir de qué modo los seglares estáis llamados a ser la sal y la luz de la tierra, se ha dirigido a los seglares y muchas ocasiones y, como madre y maestra les ha invitado a mezclarse para dar sabor e iluminar la sociedad y el mundo. Ahora se nos invita a participar en ese gran Congreso de los Laicos que vamos a celebrar en 2020.

Si contemplamos nuestra sociedad actual y, de manera especial las perspectivas que se asoman en el futuro inmediato, se nos ofrecen motivos más que suficientes para llenarnos de esperanza. Grupos, movimientos, asociaciones, la fortaleza de una sociedad civil que está despertando y hace frente a tantos proyectos de ley que nos quieren imponer nuestros políticos, leyes que no reclama ni necesita nuestro pueblo. La misma Jerarquía de la Iglesia, de manera especial la italiana y la española, ha vuelto a presentar y ofrecer a los laicos la Acción Católica General. No penséis que esta es una manía de los obispos españoles, es pura fidelidad al Vaticano II. ¿Habéis leído y meditado el decreto *Apostolicam actuositatem*?. Le dedica todo el n° 20, íntegramente, a “La Acción Católica”; os ruego que lo leáis con detenimiento. Todavía sigue sin entenderse con la suficiente objetividad, en medio de nuestro pueblo, porque vivimos condicionados por acontecimientos del pasado, no se trata de un carisma nuevo, el carisma de la ACG es el carisma de la misma Iglesia encarnada en la realidad concreta del vivir cotidiano de los fieles laicos en cada Iglesia particular, *no tiene fundador concreto; nace de la Iglesia y por eso, no tiene un fin propio, sino que hace suyo el triple objetivo de la Iglesia: evan-*

---

4 Ibídem, n° 1.



gelizar, santificar y formar cristianos para llevar el Evangelio a todas las personas<sup>5</sup>. El mismo papa Francisco ha dicho: *El carisma de la AC es el carisma de la misma Iglesia encarnada entrañablemente en el hoy y en el aquí de cada Iglesia diocesana que discierne en contemplación y mirada atenta la vida de su pueblo, y busca renovados caminos de evangelización y de misión desde las distintas realidades parroquiales.*<sup>6</sup>

¡Es la hora de los laicos! Pero entendamos bien las cosas, no se trata de clericalizar a los laicos, ni siquiera debemos pensar que esto que decimos lo afirmamos como si fuese una concesión benévola a la mayoría del auditorio, o porque como faltan vocaciones sacerdotales y religiosas, entonces ahora, los obispos se acuerdan de nosotros. No es así, os lo repito, leamos despacio este documento del Vaticano II, incluso me atrevería a proponeros la lectura del documento del Concilio Pastoral de Galicia de 1979, que lleva por título: Caridad y promoción social.

La vocación laical, sí, no me he equivocado, lo he dicho y lo repetiré tantas cuantas veces sea preciso, *la vocación laical* brota de las exigencias del Bautismo. Es necesario valorar su misión y que se valoren ellos a sí mismos, para trabajar juntos, sinodalmente. La revalorización de la vocación laical no depende de que el cura le encomiende más o menos tareas apostólicas, es que algunas de esas tareas son y deben ser desempeñadas por los seglares. No podemos entrar en aquella dinámica que he vivido yo, cuando entraba en el Seminario, a comienzos de la década de los años setenta, en donde se perdía tantísimo tiempo y muchas energías planteando aquel *binomio clérigos-laicos*. ¡Esa no es la mentalidad de la Iglesia!. Aquellos tiempos han pasado. El Vaticano II, la *Christi fidelis laici*, y los otros documentos que han llegado posteriormente hasta nosotros son la prueba de que se ha pasado a entender la Iglesia como una comunidad de ministerios o comunidad ministerial en la que cada uno haga todo y solo lo que le compete. Esto requiere una espiritualidad propia de su condición<sup>7</sup> y ese es un camino en y de santidad, como nos recuerda la encíclica *Gaudete et exultate* del papa Francisco. Para ello nuestros laicos necesitan cauces de formación y, además, conocer sobre todo la Doctrina Social de la Iglesia, para fundamentar su compromiso.

Por último quisiera hacer mío el reto que nos ofrece el papa Francisco: *Una Iglesia en salida*. Para ello es necesario crear comunidades con calor de hogar, donde el que está dentro se siente a gusto y valorado; y el que se acerca es bueno que pueda percibir la alegría y la esperanza, y que sienta que allí se está bien, y que es bien acogido y así, “firmes en la fe” salir al mundo, no para imponer, sino

5 Ibidem, nº 20. En este número del Decreto *Apostolicam actuositatem*, se lo dedica íntegramente a “La Acción Católica”

6 *Qué nos pide al Papa hoy, Documento para profundizar en el discurso que el Papa Francisco dirigió a los participantes en el II Congreso Internacional de la FIAC*, Ciudad del Vaticano, 27 de abril de 2017. Madrid 2019.

7 Cf. *Ibid.*, 4.

*para proponer la fe*, no como doctrina, sino como estilo de vida, el estilo de vida de Cristo. Y *hacer con hechos*, evitando dar lecciones, siendo samaritanos al lado de los pobres, y esto es un compromiso que debemos hacer todos los miembros de la Iglesia, no solo el “cura”, que también. Por otra parte, no nos olvidemos de que esta *dimensión caritativa-social* de la Iglesia es también un maravilloso cauce apostólico para acercarnos a los jóvenes a través de un voluntariado bien planteado. Ser Samaritanos implica acercarnos, mirar, tocar el dolor, acompañar, cargar y preocuparnos por el bien temporal y el “futuro”, es decir, preocuparnos de ayudar a llegar a la vida eterna. Así, nuestra vida, será testimonio, fermento en medio del mundo. Hay ámbitos donde la Iglesia solo se hará presente si hay laicos cristianos formados y comprometidos con su fe, pensemos en los medios de comunicación, política, economía, mundo sindical, ocio, cultura, deporte, *siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento*<sup>8</sup>. Y no podemos olvidar que *hay muchas formas de apostolado con que los laicos edifican a la Iglesia y santifican al mundo, animándolo en Cristo*<sup>9</sup>.

Jesucristo tiene la última palabra. *Él es el Evangelio vivo*, necesitamos conocer su vida. Contemplarla, aprender de ella, trasmitirla, por eso, con ocasión de estas fiestas natalicias de Nuestro Señor, en donde es costumbre que nos hagamos regalos. Como padre, pastor y hermano que hace cabeza en esta gran familia que es la Iglesia Diocesana os voy a entregar un libro: los Evangelios en la edición de la CEE. Para aquellas personas críticas que me acusan de que estamos gastando mucho dinero en la organización del Sínodo Diocesano, sabiendo que nuestra Iglesia es pobre y muy necesitada, decidles que estén tranquilos que estos Evangelios los he pagado de mi sueldo personal y no de la Administración Diocesana. Quisiera que todos nosotros regalásemos muchos libros como este para que todos los nuestros conozcan la vida de Cristo, la contemplen, la aprendan y la hagan carne de su existencia.

Muchas gracias y perdonad si me he alargado más de lo previsto.

---

8 *Apostólicam actuositatem*, nº 2.

9 *Ibid.*, nº 16.

## CARTAS

**Carta con Motivo del Inicio del Adviento en la Revista *Pastoralia*  
¡Abrir camino!**

El tiempo de Adviento es siempre una ocasión para volver a abrir el camino de nuestra vida al Señor que se acerca. No es necesario recordar aquí cuáles son los sentidos más profundos que encierra este tiempo litúrgico que, cíclicamente, nos ofrece la Iglesia, y en ella, a cada uno de nosotros, nos regala ese momento oportuno para redescubrir nuestro auténtico bien. Este año hemos escogido como *leitmotiv* de esta publicación de la revista de Pastoralia, para el Adviento de 2019, una frase de la profecía de Isaías: *Él mismo abre el camino* (Is 35,8). Me he preocupado en buscar ese mismo versículo en otras ediciones de la Biblia y me he llevado una grata sorpresa. Sin embargo, independientemente del sentido que los exegetas le han dado a esta frase y, teniendo en cuenta las variables que he detectado en la traducción de la misma, sobre todo si se tienen en cuenta algunas ediciones de la Biblia publicada en lenguas occidentales, yo he preferido prestar atención a aquella que nos ofrece la versión en gallego: *O mesmo Señor camiñará con eles, e os homes non se desviarán.*

Como bien sabéis, desde la Misa Crismal de 2016, nos encontramos inmersos en un Sínodo Diocesano y, en la actualidad, ya hemos iniciado las Asambleas Sinodales que están resultando una auténtica experiencia de comunión. Sentimos un gozo especial al encontrar reunidos, en torno al Obispo, a un buen grupo de presbíteros, laicos y miembros de la vida consagrada. ¡Todos caminando unidos! ¡Todos con un profundo sentido de Iglesia! o lo que es mejor: ¡Con amor a esta Iglesia!. Al contemplar ese espectáculo resuenan en mi mente aquello que de una forma tan hermosa escribía sobre el misterio de la Iglesia uno de los grandes teólogos del siglo XX: *Afirmamos que en ella es donde, por la fe que nos comunica, tenemos parte en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados y en la resurrección de la carne para gozar de la Vida. Proclamamos que existe una gran asamblea, “extendida a través de todo el mundo, que espera por la fe en el amor, que está unida a Dios por los lazos de un desposorio eterno e indisoluble, y que nadie puede salvarse si no vive fielmente en el seno de su unidad”. Creemos por fin que esta Iglesia existe no para sí misma, sino para Dios<sup>1</sup>.*

Esta Iglesia “madre y maestra” que ya desde los inicios de nuestra peregrinación por esta vida nos arropa con la comunicación de la fe, desde ese preciso momento nos invita a formar parte de la familia de los santos, abre los cauces de la gracia a través del ofrecimiento que nos hace de los sacramentos y, en esperanza, nos garantiza la resurrección de la carne para gozar de la Vida eterna. Esta Iglesia

---

1 LUBAC, Henri, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1988, pp. 35-36.

que comenzó a constituirse cuando algunos pescadores de Galilea encontraron a Jesús y se dejaron conquistar por su mirada, su voz y su invitación cordial y fuerte: «venid conmigo y os haré pescadores de hombres, es para nosotros»<sup>2</sup>. Pensar y reflexionar sobre el misterio de la Iglesia nos ayuda a descubrir que estamos en camino y que este cometido, que supera nuestras fuerzas personales, es mucho más eficaz y hermoso si caminamos unidos, sabiendo que el mismo Señor Resucitado, camina con nosotros y así tenemos la certeza de que no nos desviaremos del camino que conduce a la Vida; esta certeza se apoya en el hecho de que la luz de ese Rostro se refleja en el rostro de la Iglesia<sup>3</sup>.

Cuando asistía a esta Asamblea, como testigo silente que percibe el pulso vivo del querer de esta Iglesia, me daba cuenta que a través de la mirada de la fe parecía que estábamos reviviendo aquella aventura que comenzó con los Apóstoles. Primero fue un encuentro entre personas - alguno de los sinodales afirmaba que los momentos de convivencia son también encuentros muy importantes para el Sínodo - también los primeros discípulos del Resucitado partieron de un encuentro recíproco que tuvo sus comienzos a partir de un encuentro y, de un posterior conocimiento del Maestro. Ven dónde vive y empiezan a conocerlo. En efecto, era necesaria esta vivencia existencial fuerte porque ellos necesitaban convencerse de que, en un futuro inmediato, no serían anunciadores de una idea, sino testigos de una persona. Por eso, antes de ser enviados a evangelizar, era necesario «estar» con Jesús (cf. Mc 3,14), entablando con él una relación personal. Sobre esta base, la evangelización se convertirá en un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo (cf. 1 Jn 1,3). Esta experiencia de Cristo y de su Iglesia, a través de los hermanos en la fe, es imprescindible para que nos podamos convertir en testigos de comunión eclesial.

Todos somos conscientes de que estamos viviendo en el momento presente un acontecimiento muy especial de nuestra historia; sin embargo, no podemos olvidar que este acontecimiento histórico supone siempre una dinamicidad que afecta, no sólo a la personas que estamos implicados en este hecho, sino también al colectivo humano al que pertenecemos, evidentemente, en este caso también a la misma Iglesia, que en virtud de su encarnación en este tiempo y espacio se siente afectada por esta historicidad. Vivimos un presente que se apoya en un pasado que nos precede como sombras silenciosas, un pasado fecundo lleno de experiencias de santidad y de misión, en donde no faltan acontecimientos de fragilidad y de miserias personales. Pero somos conscientes que en virtud de la fuerza del Espíritu y de la oración de la Iglesia, contando con la colaboración de tantas personas que se han sentido invitadas a ponerse en camino con la certeza de que el mismo Señor está caminando con nosotros y no nos equivocaremos

---

2 BENEDICTO XVI, Alocución del 15 de marzo de 2006.

3 Cf. VATICANO II, Lumen Gentium, nº 1.

(Cf. Is 35, 8). Y, además, estamos convencidos de que si nos equivocamos se vivirá en nosotros esa experiencia tan cristiana que nos recuerda que *los fracasos santifican, las omisiones no*.

Este Sínodo no solo es un acontecimiento pastoral sino que afecta a nuestra historia comunitaria, a la historia multiseccular de nuestra Diócesis, cuyos orígenes se remontan al siglo VI, aunque algunos autores remontan su implantación en las viejas tierras ourensanas a mediados del siglo V<sup>4</sup>. Sea como fuere, somos una Iglesia de raíces muy antiguas y esa realidad se convierte para nosotros en un fuerte aldabonazo a la hora de vivir la fidelidad a esta Iglesia y a aquellos que son el rostro de la misma: los hombres y mujeres de nuestro pueblo. No es la primera vez que nuestra Iglesia particular, en su largo decurso histórico, ha vivido una experiencia sinodal. Los investigadores dan testimonio de que ha habido por lo menos cincuenta y cinco sínodos, de acuerdo con la documentación encontrada hasta el momento<sup>5</sup>. El último eslabón de esta larga serie es el Sínodo Diocesano convocado en 1908 por Mons. Eustaquio Ilundain y Esteban (1904-1921). Ya han pasado 111 años.

Aquellos sínodos eran muy particulares y adolecían de la influencia eclesiológica del momento, estaban eminentemente clericalizados<sup>6</sup>. No había posibilidad de escuchar la voz o las sugerencias de los fieles laicos. Sin embargo, esta antiquísima praxis sinodal se ha convertido en una valiosa actividad pastoral transmitida a través de los siglos, codificado en el concilio tridentino, revitalizada en el Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965), más tarde la *Instrucción sobre los Sínodos diocesanos* (1977) y otra documentación posterior, los han convertido en la primera estructura de participación de la que el obispo dispone para que, tanto los sacerdotes como los miembros de la vida consagrada y los fieles laicos – a través de sus representantes - le presten la ayuda necesaria para que pueda ejercer mejor el gobierno pastoral al frente de la Iglesia particular. Pero, además de esta primacía organizativa, el Sínodo Diocesano está siendo un hermoso evento de comunión eclesial<sup>7</sup>, tal como hemos podido experimentarlo.

4 GUZMAN NOVOA, José María, *Guía Eclesiástica destinada al Clero de la Diócesis de Ourense*, Ourense 1956, p. 50.

5 Cf. DURO PEÑA, Emilio, en *Synodicon Hispanum* I, pp. 91-256; *Ibidem*, *El Sínodo de D. Francisco Blanco Salcedo (1558) y otros sínodos aurienses*, en “Miscelánea Auriense en honor de Mons. D. Ángel Temiño Saiz”, Obispo de Ourense, 1985, pp.; J. R. HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, *Sínodos Diocesanos de Ourense. Aportación a su memoria histórica*, Ourense 2017.

6 *Primera sesión: Luego que se practicó todo lo anteriormente dicho, los Ostiarios dieron la voz de Exeant omnes laici, para que salieran las Autoridades, Corporaciones y todas las personas que no debían asistir al Sínodo*. Constituciones Sinodales promulgadas por el E. R. S. Dr. D. Eustaquio Ilundain Esteban, Orense 1908, p. XIV-XV.

7 CONGREGACION PARA LOS OBISPO, Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos *Apostolorum successores* ( 22 de febrero de 2004), nn. 166-174.

Esta Asamblea del Sínodo Diocesano es un don del Espíritu para esta Iglesia y para cada uno de los que en ella vivimos nuestra fe. Aunque nos cueste trabajo creerlo, después de estos tres años de camino sinodal, todavía hay personas en nuestra Iglesia que, o bien no se han enterado, o no han querido saber nada de este acontecimiento pastoral de comunión. En la medida de nuestras posibilidades, ayudémosles a saber descubrir que el Sínodo es un don del Espíritu no sólo para nuestra Iglesia Diocesana, sino también para ellos mismos.

Demos gracias al Buen Dios porque nos ha concedido ser agentes de este acontecimiento de gracia. En esta corriente viva de eclesialidad, haciendo uso de nuestra libertad, podemos ser agentes actuando y participando en ella, o también espectadores de la misma. A lo largo del acontecer histórico siempre ha habido personas que se convirtieron en meros espectadores, que se situaron a la vera del camino, ajenos al acontecer histórico y, si cabe, instalados en una mera contemplación manteniendo la distancia del devenir de los acontecimientos eclesiales, incluso llegando a pensar que todo esto es un “tinglado” inventado por el obispo y por sus más estrechos colaboradores y sólo sirve para perder tiempo, energías personales y dinero. A ellos se les podrían aplicar las palabras del papa Francisco: *Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el máspreciado de los elixires del demonio”. Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!*<sup>8</sup>

Os ruego que animéis a aquellos que todavía siguen situados a la vera de este camino sinodal. Os invito a que no nos convirtamos en *profetas de calamidades*, como escribía san Juan XXIII, refiriéndose a aquellos que elevaban sus voces críticas contra el Concilio Ecuménico Vaticano II, apenas anunciada su convocatoria<sup>9</sup>. No nos dejemos robar la esperanza, y no perdamos la alegría de esta invitación que nos hace la Iglesia para implicarnos más en esta nueva tarea evangelizadora y, recordad que como hombres y mujeres de fe sabemos que los fracasos santifican, pero las omisiones no.

Si volvemos la mirada hacia lo que nos rodea descubrimos una serie de cambios acelerados que con gran rapidez, gracias a los medios telemáticos, llegan no sólo a los últimos rincones de esta Diócesis, sino que se hacen presentes en cualquier rincón de esta “aldea global” que es el mundo. Hace tan sólo unos días, uno de nuestros hermanos sacerdotes me contaba que había participado en una audiencia general con el papa Francisco y que, al finalizar este acto, pudo saludar al Santo Padre. Se presentó como sacerdote de esta Diócesis y le manifestó que

---

8 FRANCISCO, Exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, n° 83. (EG)

9 Cf. JUAN XXIII, Discurso del 11 de octubre de 1962.



estábamos realizando un Sínodo Diocesano y le rogó que rezase por nosotros. El papa Francisco le dijo que ya sabía que estábamos en Sínodo y que así tenía que ser, que ese era el camino. Os aseguro que yo no se lo comuniqué al Papa, tan sólo al Sr. Arzobispo Metropolitano, como era mi obligación y, los demás se enteraron a través de los medios de comunicación que tenemos en la Diócesis. Pienso que el informador del papa habrá sido alguna persona cercana a él y que quiere a esta Diócesis.

Sea como fuere estamos viviendo cambios acelerados que experimentamos en nuestra manera de pensar y obrar, incluso en nuestros sentimientos más íntimos; en las familias; en el corazón de nuestros niños y jóvenes en donde crecen con fuerza y pasión una serie de pautas de comportamiento que modulan sus vidas; somos testigos de la grave transformación que está experimentando la sociedad rural y urbana; no somos ajenos a la manera de sentir y vivir de nuestra conciencia de “ser Iglesia” en donde se respira, en ocasiones, un grave individualismo cargado de subjetivismo, cuando no de un relativismo todavía más peligroso que el doctrinal<sup>10</sup>. Cambios que a veces afectan dolorosamente en el ánimo de nuestros fieles y condicionan su manera de vivir la existencia creyente.

Estos procesos tan complejos, y otros muchos que no he señalado por brevedad, están causando una grave crisis del sentido de la verdad que ha generado la *persuasión de que toda verdad es contingente y revisable, y de que toda certeza es síntoma de inmadurez y dogmatismo. De esta persuasión fácilmente puede deducirse que tampoco hay valores que merezcan adhesión incondicional y permanente*<sup>11</sup>. De ahí arrancan las modas de pensamiento que suponen una corrupción de la idea y de la experiencia de libertad que ya no es concebida como esa capacidad que posee el ser humano para realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el mundo, el hombre y la sociedad, sino que ésta se convierte en una fuerza autónoma de autoafirmación individual, en definitiva, en un proceso de autorreferencia del individuo. Esta nos lleva a una quiebra de la persona humana porque, cuando se arrincona toda referencia a la naturaleza y a la creación, y por consiguiente al Creador, el ser humano pierde la perspectiva auténtica de su fin y del sentido último de su vida<sup>12</sup>. A todo este proceso le sigue el secularismo, el modelo cultural laicista que está afectando a nuestros fieles y a nosotros mismos y, no podemos olvidar que una mentalidad pansexualizada y hedonista, que convierte a la persona humana en una mercancía que se puede consumir a la carta, está produciendo un grave deterioro en las costumbres y en los comportamientos éticos tanto de niños y jóvenes, como de personas mayores.

Ante esta panorámica que se perfila en el horizonte y los puntos de referencia

---

10 Cf. EG, nº 76-78.

11 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad os hará libres*, nº 22.

12 Cf. VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, nº 10.

de nuestra sociedad y, por consiguiente, de nuestra Iglesia, se nos planta un reto a todos, tanto pastores, como consagrados y seglares – a todos los que formamos parte de esta Asamblea Sinodal- que, acogiendo la invitación del papa Francisco, ante este “giro histórico” que está viviendo la humanidad<sup>13</sup>, se nos invita a hacernos partícipes de ese sueño que consiste en *una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial (en especial la parroquia) se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto preservación*<sup>14</sup>.

Nuestro Sínodo Diocesano es un acontecimiento eclesial que busca, sobre todo, esa conversión pastoral y quiere situar nuestra Iglesia particular en esa nueva tarea evangelizadora para que, reencontrada la frescura y el ardor del primer amor por el Señor crucificado resucitado, pueda evangelizar nuestro mundo urbano y rural. Por otra parte, no podemos olvidarnos que *la periferia más desolada de la humanidad necesitada de Jesucristo es la indiferencia hacia la fe o incluso el odio contra la plenitud divina de la vida*<sup>15</sup>. Indiferencia que en ocasiones resulta descorazonadora e incluso, imposibilitante. Ante esta situación ¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer ante esas actitudes duras y agresivas de nuestros adolescentes contra la Iglesia y sus estructuras, e incluso contra el mismo Dios? No hay razones suficientes ante esas actitudes que resultan muy pasionales y poco racionales. ¿Qué podemos hacer para lograr que el Evangelio vivo, que es Jesucristo, penetre en los ambientes deportivos y lúdico-festivos de nuestros jóvenes y de las personas maduras?

Ante todas esas dificultades y otras muchas, la transmisión de la fe, corazón de la Iglesia, se debe realizar por un “contagio” de amor; en este sentido, las realizaciones solidarias y caritativas son una puerta para un encuentro con ese rostro desconocido, pero real, de la misma Iglesia. Tantas veces hemos podido comprobar que se rechaza lo que se desconoce. Esforcémonos por dar a conocer el auténtico rostro de nuestra Iglesia con sus pobreza, pero con sus muchas riquezas. Por eso, una fe vivida con alegría y entusiasmo es más expresiva a la hora de proponer la fe en Jesucristo y encontrar así sentido y plenitud a la vida.

El Sínodo Diocesano quiere ayudarnos a responder a esta pregunta ¿qué haría Cristo en mi lugar? En mi aldea, en la parroquia, en mi comunidad, en mi grupo de amigos, en el ambiente de trabajo. En todas las circunstancias y ocasiones en las que cada uno de nosotros se encuentre, sabemos bien que nosotros somos el rostro de esta Iglesia. No sólo el Obispo, ni el sacerdote, ni la religiosa, también el laico es Iglesia, porque, como manifesté en mi carta pastoral *Iglesia en camino “a lo esencial”*, publicada con motivo del anuncio de este Sínodo Diocesano, co-

---

13 EG, nº 52.

14 EG, nº 57.

15 FRANCISCO, *Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones*, 2018.



nocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es nuestra gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. Con los ojos iluminados por la luz de Jesucristo resucitado, podemos y queremos contemplar al mundo, a la historia, a nuestros pueblos, y a cada una de sus personas<sup>16</sup>.

No nos olvidemos que, de suyo, por el mismo hecho de salir de nosotros mismos, y de nuestros intereses y preocupaciones, para unirnos a los otros, nos hace mucho bien, y más cuando nos reunimos para reflexionar sobre cómo podemos ser más y mejores hijos de esta Iglesia. Por otra parte, este camino no lo hacemos solos, sino que el mismo Señor *caminará con nosotros, y no nos desviaremos del camino trazado*. Porque somos conscientes de que esto es así, a lo largo de estas Asambleas, no podemos olvidarnos de hacer momentos de oración para dejar que en el silencio elocuente de la auténtica actitud orante, podamos dar espacio a la intervención del Espíritu Santo en esta Asamblea eclesial.

---

16 Carta pastoral *Iglesia en camino "a lo esencial"*, Ourense 2016, pp. 52.53.

## Carta a los diocesanos con motivo de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción

8 de Diciembre de 2019.

### *María: Madre y protectora*

Ante la solemnidad litúrgica de la Inmaculada, especial patrona de los pueblos de España, mi pensamiento se dirige hacia aquel gran acontecimiento que tuvo lugar hace poco más de medio siglo -en concreto hace cincuenta y cinco años-; en aquella ocasión san Pablo VI, a través que aquellas bellas palabras, con ocasión de la promulgación de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, presentó a la Virgen María, ante todos los obispos y los demás fieles, como “*protectora del Concilio*”. En este sentido yo quisiera que todos los que formamos parte de esta gran familia que es la Iglesia en Ourense, una Iglesia que se encuentra en camino sinodal, le supliquemos a la Santísima Virgen que también ella se convierta en Madre y protectora del Sínodo Diocesano de Ourense, ¡lo necesitamos!

Aquella que es la “toda santa”, la Inmaculada, nos puede acompañar en la lucha contra el desencanto y, de manera especial, contra la oscura presencia del pecado de desaliento. Es normal que en nuestro camino sinodal surjan problemas y serias dificultades que pretenden apartar nuestra atención de lo que es esencial: vivir de acuerdo con el *Evangelio vivo* que es Nuestro Señor Jesucristo.

La Virgen Madre, sencilla doncella de Nazaret, la toda limpia de pecado, nos ayudará a no perder el ritmo de nuestro camino sinodal, ¡pase lo que pase! Ella, la Inmaculada, quiere que delante de cada uno de nosotros se despliegue el misterio de esta Iglesia en camino que “abraza en sus entrañas a los pecadores” pero que “es a la vez santa y siempre necesitada de purificación”. Hay personas e instituciones que a causa de nuestros pecados quieren afear el rostro de la Madre Iglesia. Tantas veces se subrayan sólo los aspectos negativos – que existen y no podemos negarlos – pero se olvidan con frecuencia tanta hermosura y belleza representada por el testimonio vivo de los mejores hijos de la Iglesia que son los santos y, de manera especialísima: los mártires. Recordemos el heroico testimonio que dieron tantos obispos, sacerdotes, religiosas y seglares en nuestra misma España, hace poco más de ochenta años. En sus vidas sencillas y corrientes la presencia del amor a la Inmaculada estaba presente.

Al mirar a la Inmaculada descubrimos en Ella la esencia más hermosa de la Iglesia y, a la luz de esta verdad, tenemos que aprender a convertirnos, nosotros mismos, en auténticas “almas eclesiales”. Por eso, esta fiesta nos ayuda a descubrir en la Virgen María un icono de esperanza. Solos no podremos lograrlo, con María el camino de la comunión y de la sinodalidad, que es camino de plenitud y santidad, sí que seremos capaces de recorrerlo con alegría y esperanza.

## Carta a los diocesanos con motivo del Año Nuevo 2020 2020 ¡Un año nuevo especial!

Delante de nosotros se abre cronológicamente un nuevo año. En esta ocasión nos dejamos sorprender por una cifra muy especial. Incluso resulta una combinación de dígitos repetidos que, sin ser experto en matemáticas, constituye un número especial 2020 ¡Dos veces veinte! Este hecho nos ofrece, una vez más, una ocasión querida por la Providencia para ser mucho más fieles que en el año que hemos finalizado. Para los que vivimos nuestra vida de fe en esta porción de la Iglesia en Ourense, sabemos que, si el Señor nos lo permite, llegaremos a la conclusión de un Sínodo Diocesano que para una comunidad eclesial como la nuestra es un acontecimiento de gracia y de esperanza.

El papa Francisco al inicio de esta década, el 24 de noviembre de 2013, nos obsequiaba con la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG). En ella nos marcaba las líneas fundamentales que tenía que recorrer nuestra Iglesia para *ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y que haga posible el nacimiento de un mundo nuevo* (EG, n.288). La búsqueda, o quizás sería mejor decir, la conquista de esta novedad a la que todos nos encaminamos no es un programa especial, ni un plan pastoral de emergencia eclesial; esta novedad no es algo que acontezca ahora mismo, sino que es una realidad a la vez antigua y nueva, siempre de perenne actualidad; esa novedad se llama Jesucristo, sólo Él puede *hacer nuevas todas las cosas* (Ap 21, 5). Sólo acercándonos a Él podemos entrar por la vía de una auténtica renovación. Por este motivos, todos los miembros sinodales, desde el primer momento hemos tenido clara esta idea: la verdadera renovación de nuestras comunidades y de las estructuras que la conforman, entre ellas las Parroquias, las Unidades de atención parroquial, los Grupos, Movimientos y Asociaciones apostólicos, la Vida Consagrada en toda la riqueza de sus facetas y los Sacerdotes sólo si nos dejamos llenar por el dinamismo del Espíritu Santo, que nos acerca a ese gran modelo de vida y de acción que es Jesucristo, seremos cauce de renovación y de revitalización de esta comunidad eclesial.

Sínodo significa, como bien sabéis, *caminar juntos*, unidos, en la misma dirección que nos viene marcada por aquel que es *el Camino y la Verdad y la Vida* (Jn 14, 6). En una sociedad que se nos presenta como postcristiana y cargada de un fuerte paganismo, en donde la persona, la verdad y la vida misma se convierten en realidades manipulables y, en ocasiones, totalmente diferentes a lo que significan en sí mismas; en este tiempo en el que nos movemos no sólo estamos asistiendo a una época de cambios – que también –, sino que lo que en realidad estamos viviendo es un *cambio de época*. Esta situación nos lleva a interpelarnos por *la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Nueva de Jesús* (EG, nº 288). De ahí que si quisiéramos buscar una idea global de lo que pre-

tende conseguir el Sínodo Diocesano, sin ninguna duda ésta sería su síntesis más completa: buscar juntos, y realizarla, una nueva tarea evangelizadora en nuestro pueblo y con nuestras gentes.

Cuando contemplamos la realidad que nos rodea, ya sea en el ámbito urbano como en el extenso mundo rural nos damos cuenta de que ya *no estamos más en la cristiandad*, como afirmaba el papa Francisco delante de la Curia romana, el pasado 21 de diciembre. Ya no somos los únicos que producimos cultura, ni los primeros, ni los más escuchados. A nuestros conciudadanos y vecinos les llegan otras voces, otras opiniones, otros planteamientos diferentes, otros paradigmas que, en ocasiones, pretenden negar nuestra fe, marginarla, ridiculizarla o burlarse de ella; es verdad que otras muchas no son opuestas al mensaje de Jesús y que podemos aprovecharlas como cauce de una nueva tarea catequética, un adecuado replanteamiento de nuestras homilías. En realidad, si las sabemos aprovechar, son como una invitación a cambiar de conducta y a abrirnos sin miedo al entorno. Es lo que nos recuerda el Papa cuando nos invita a “*abrir las puertas*” de nuestras iglesias y crear una Iglesia en salida hacia las periferias, que sea madre acogedora y comprensiva, que sea amable y alegre, que sea positiva y a la vez constructora de puentes.

A comienzos de este año 2020, os ruego que pidáis al Espíritu Santo que mueva el corazón de aquellos agentes de pastoral que todavía no han abierto las puertas de su corazón a la realidad de lo que es y significa un sínodo en una iglesia particular. En realidad es necesario ayudarles a descubrir – como lo recordaba Francisco en el discurso a la Curia del que hemos hablado - de que *la humanidad* - en concreto nuestro pueblo y nuestras gentes – *nos llama, interroga y provoca, es decir, llama a salir y no temer al cambio*. Recemos por aquellos miembros de la Iglesia en Ourense que necesitan tiempo para madurar y abrirse a la realidad de una Iglesia que quiere que nos movamos en la dinámica de la nueva tarea evangelizadora y que no nos repleguemos ni en las inercias pastorales, ni en fórmulas ya pasadas que aunque nos resulten más tranquilizadoras, en realidad nos van alejando de las auténticas necesidades de nuestras gentes y del verdadero sentido que está marcado por la sinodalidad: ser testigos misioneros al servicio de la Buena Nueva de Jesús, al servicio de los hermanos, también de aquellos que están alejados o que por diversas dificultades se han situado a la vera del camino. Para esto es nuestro Sínodo. Recemos para que esto se haga realidad porque este es el querer de Dios para nuestra Iglesia en Ourense.

## EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

### Octubre

#### *El Sínodo nos pide un cambio de actitud para romper con la inercia que nos desgasta y debilita*

*Después de estos primeros tres años del camino sinodal recorrido, con luces y sombras, pero con mucha ilusión y esperanza, nos encontramos en la Catedral para dar gracias a Dios y pedirle ayuda para proseguir en las tareas sinodales, si cabe, esforzándonos un poco más para que la dinámica sinodal penetre en el corazón de aquellos que no han querido caminar con nosotros, porque no han entendido el sentido ni la necesidad del Sínodo Diocesano. (...) Los días 14, 15 y 16 del pasado mes de junio, se cumplieron 111 años de un evento similar al que hoy tiene lugar: El Sínodo Diocesano de Ourense de 1908. En este largo siglo de nuestra historia han sido muchos los acontecimientos que afectaron a la vida de la Iglesia y de nuestra Diócesis. Haciendo más las necesidades del pueblo santo de Dios extendido por la geografía diocesana y por el reto pastoral lanzado por el papa Francisco en la exhortación apostólica “Evangelii gaudium”, con el auxilio del Señor y de su Santa Madre, hemos iniciado este Sínodo Diocesano el 23 de marzo de 2016, Miércoles Santo, en la Misa Crismal.*

Han pasado más de tres años en los que el estudio acerca de la realidad de nuestra Iglesia, la constitución de los grupos sinodales, la reflexión enriquecedora y contrastada que se ha vivido, el descubrimiento para muchos de que también ellos son el rostro de la Iglesia, la elaboración de numerosas proposiciones para buscar una mayor eficacia evangelizadora y, como no decirlo, la riqueza que ha supuesto encontrarse hombres y mujeres de diferentes comunidades parroquiales, descubriendo así que la Iglesia, y de manera especial su parroquia o comunidad cristiana no tienen fronteras, han sido ocasión propicia para dar infinitas gracias a Dios. Como ya se os ha explicado en los grupos sinodales: “sínodo” significa caminar unidos, caminar juntos. Esta definición ha quedado reflejada por el gesto, hecho realidad antes del comienzo de esta Eucaristía. Cuando nos pusimos en camino desde la parroquia de Santa Eufemia hasta este hermoso y antiguo templo en donde se encuentra la cátedra del Obispo de la Iglesia en Ourense, caminamos juntos tras la cruz, acompañados por las imágenes de nuestros patronos: Santa María Nai y san Martín. Caminamos formando un solo pueblo, los sinodales laicos, los sacerdotes y el Obispo; caminamos bajo la guía del Espíritu Santo y con toda la Iglesia, tras la cruz del Señor: caminamos juntos tras el Crucificado-Resucitado. Somos conscientes, una vez más, de que la Iglesia es y será siempre peregrina a lo largo de su historia, portadora de un tesoro que lleva en vasijas de barro (cf. 2 Cor 4,7). Es el tesoro del Evangelio que siempre llena de alegría y esperanza a todos aquellos que abren su corazón y su vida entera para

encontrarse con Jesucristo.

Esta dinámica eclesial que llamamos sinodalidad no es una moda que se pretende imponer desde arriba. ¡Todo lo contrario! La sinodalidad es el camino de la Iglesia tal como lo he subrayado en mi carta pastoral *Iglesia en camino* a “lo esencial”, con motivo de la apertura del Sínodo Diocesano de esta Iglesia particular, que os invito a releer, porque la dinámica de la sinodalidad es algo esencial a la vida de la Iglesia.

Esta experiencia sinodal en la que nos encontramos y que a partir de ahora inicia un nuevo recorrido, reclama de nosotros una actitud de conversión del corazón, un cultivo más profundo de la oración personal y comunitaria sin la cual es imposible toda conversión pastoral. Por otra parte, esta llamada sinodal que nos hace la Iglesia, nos pide un cambio de actitud que nos lleve a buscar con autenticidad el Evangelio de Jesucristo y la fidelidad a la Iglesia para poder romper así con ese “gris pragmatismo” - del que nos habla el Santo Padre - y que consiste en mantenernos en esa inercia pastoral que tantas veces nos desgasta y debilita espiritual y eclesialmente.

Nuestro Sínodo Diocesano es necesario si queremos lograr esa conversión pastoral que nos recuerda que la nueva tarea evangelizadora debe ser el criterio que nos guíe para convertirnos en testigos misioneros; o bien, como reza el lema para el Mes Misionero Extraordinario, en bautizados y enviados, que queremos, ayudados por el don del Espíritu Santo, constituir comunidades eclesiales vivas, abiertas, esperanzadas y solidarias. Sólo así descubriremos que la evangelización, y no el ritualismo fácil y vacío, es el camino que posibilitará una fe vivida, experimentada, celebrada y testimoniada con alegría. Eso pedimos y suplicamos a Santa María Madre y a san Martín nuestro patrono. Y en este día nos encomendamos, también, a san Mateo apóstol y evangelista, cuya fiesta hoy celebramos, para que todos los que somos y nos sentimos hijos de Dios dentro de esta Iglesia, que quiere caminar sinodalmente, luchemos sin perder la esperanza, y ayudados por la gracia de Dios, por ser apóstoles de apóstoles y evangelizadores que quieren dejarse evangelizar.

*J. Leonardo Lemos Montanet*  
*Bispo de Ourense*

## **Noviembre**

### ***Un mes de esperanza***

Noviembre es un mes que nos abre a la esperanza. En medio de una sociedad tan compleja y con signos de violencia y de enfrentamientos entre los ciudadanos, surge esa luz que nos abre un nuevo horizonte. Es la vida de los santos

-santos anónimos- cuya fiesta celebramos el día primero de este mes. Aquellos que han sido los más preclaros hijos de la Iglesia, los santos, se convierten para nosotros en faros luminosos que, en medio de las circunstancias nos ayudan a mantener viva y operativa no solo nuestra conciencia, sino nuestras actuaciones.

Desde la perspectiva de esa santidad de vida que apunta a la eternidad somos capaces de distinguir las cosas sustantivas, absolutas, de las relativas. Y en esta distinción el Evangelio vivo, que es Jesucristo y la Iglesia, nos ofrecen las pautas liberadoras de nuestra conducta moral.

Teniendo como horizonte estos principios, el día 10 de noviembre nos convocan de nuevo a cumplir con nuestra obligación cívica: tenemos que votar. Los cristianos hemos de ser los primeros en mostrar nuestro reconocimiento leal hacia los políticos. Sabemos, tal como nos lo recuerda el Vaticano II, que la Iglesia alaba y estima la labor de aquellos que, al servicio de nuestros pueblos y de sus gentes, se consagran al bien de la “cosa” pública y aceptan el peso de las correspondientes responsabilidades. Pero, si bien esto es cierto, no lo es menos que todos los ciudadanos tienen derecho y al mismo tiempo el deber de votar con libertad para promover el bien común. Es verdad que “la ejemplaridad de los políticos es fundamental y totalmente exigible para que el conjunto del cuerpo social se regenere. Por eso una operación de saneamiento, de transparencia, es imprescindible para la recomposición del tejido moral de nuestra sociedad” (CEE, La verdad os hará libres, nº62). En este sentido, para superar el peligroso desencanto de nuestros conciudadanos respecto a la política y a los políticos, es necesario el liderazgo moral de quienes han sabido integrar lo que son y lo que representan, lo que prometen, lo que piensan, lo que dicen y hacen.

Son muchos los caminos para lograr esta conversión política, sin embargo, en momentos revueltos, es bueno volver la mirada a los clásicos y ver, una vez más, que los antiguos griegos habían descubierto ya que no hay democracia sin sujeción de todos a una ley y que no hay auténtica ley si no está fundada en la norma trascendente de lo verdadero y lo bueno. Y uno de los criterios que nos garantizan este fundamento de la realidad personal y social es Dios; sin embargo, “si bien es cierto que el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero, al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre” (Pablo VI). La fe en Dios da claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas. El conocimiento de un Dios que es amor nos mueve a amar a nuestros semejantes y un signo de ese amor es el respeto a todas las opciones diferentes.

Recogiendo algunas oraciones de los fieles que acostumbramos a utilizar en las Eucaristías, pidamos a todos los santos y, en especial, a nuestro patrono San Martín, el santo de la misericordia, que nos conceda los gobernantes necesarios para que en nuestra tierra se viva en paz. Que nuestros jóvenes encuentren un trabajo digno para poder construir un hogar abierto a la vida. Que nos ayude a respetar



y valorar lo conseguido a lo largo de la historia y todos, sin excepción, también aquellos que vienen “allende” nuestras fronteras, construyamos una sociedad más justa y solidaria. Para lograrlo, cada uno de nosotros debe cumplir con ese deber de ejercer nuestro derecho a votar y no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando que todo esto lo arreglen los demás.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*

## **Diciembre**

### ***Una Iglesia con corazón de madre***

Hace unos días finalizábamos las primeras sesiones de la Asamblea Sinodal que se centraron en el tema de la parroquia y que nos han dejado una serie de proposiciones aprobadas por los miembros sinodales. Ha sido una auténtica experiencia de comunión y fraternidad en la que obispo, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y seglares, dieron una muestra de sinodalidad.

Recuerdo que algunos de mis más estrechos colaboradores me aconsejaban que no comenzásemos la reflexión por la parroquia, sino por otros aspectos de especial importancia para la vida diocesana y dejásemos la parroquia para el final. Sin embargo, me ha parecido conveniente iniciar el camino sinodal rezando y reflexionando sobre la parroquia porque ella es el rostro más próximo de la Iglesia. Por otra parte, sobre este asunto volveremos una y otra vez a lo largo de las sesiones sucesivas, porque la parroquia es una realidad poliédrica.

A partir de este mes de diciembre, vuelven a desplegarse ante nosotros las proposiciones elaboradas en los grupos sinodales que esta vez se han centrado en la Iglesia en salida, que quiere ser “hogar acogedor para todos”, “rostro samaritano del amor de Dios” y “fermento transformador en el mundo”. Nuestra sociedad nos sorprende cada día con noticias complejas y nos muestra un cambio social acelerado que está suponiendo para todos, y de manera especial para los que luchamos por sentirnos auténticos hijos de la Iglesia, una creciente preocupación que nos obliga a presentar el auténtico rostro de la Iglesia y a defenderla como lo haríamos con nuestra propia madre.

Es verdad que a veces nos llenamos de inquietud, pero no perdemos la paz porque sabemos, con la certeza que nos da nuestra fe en Jesucristo, que ni siquiera “los poderes del infierno prevalecerán contra ella”. En este “cambio de época”, como la ha denominado el papa Francisco, constatamos con dolor que un número creciente de ciudadanos viven una existencia totalmente secularizada en cuya vida ya no se siente la necesidad de Dios y mucho menos de la Iglesia. La cultura dominante ha pasado a situarse en una clave totalmente laicista y, en ocasiones, descubrimos



ciertos signos de agresividad contra el hecho católico. En medio de estos ambientes se encuentran, a menudo, hombres y mujeres, jóvenes y menos jóvenes, que aun manteniendo sus raíces cristianas, tienen comportamientos opuestos al Evangelio, en la mayoría de los casos, por ignorancia en las materias de fe, otras, por una rebelión ante la Iglesia institucional. También es cierto que existe un buen número de ciudadanos que viven su fe, que acuden los domingos a celebrar la Eucaristía y que buscan para sus hijos una formación de calidad en las escuelas católicas. Existe, además, un buen grupo emergente de inmigrantes católicos procedentes de Latinoamérica que se integran y revitalizan nuestras comunidades.

La Iglesia, que es una gran familia, compuesta por innumerables hogares a los que quiere acoger porque como “Católica” no tiene fronteras, necesita hacerse presente en la sociedad a través de sus hijos e hijas, de manera especial de los seglares a los que compete iluminar las estructuras seculares de acuerdo con la luz del Evangelio.

Atendiendo a todas estas situaciones y a otras muchas realidades que no puedo ahora señalar, la reflexión sinodal nos ayudará a descubrir que nuestra Iglesia no sólo es un hogar acogedor, sino que es el rostro samaritano del amor de Dios y debe convertirse en un fermento transformador de nuestras gentes y de nuestros pueblos.

A veces escuchamos a algunos de los agentes sociales más destacados, que tienen responsabilidad en la “cosa pública”, criticar las riquezas, los privilegios y el poder de la Iglesia. Sus ojos solo ven grandes monumentos, edificios cargados de siglos, casas rectorales abandonadas y otro patrimonio histórico que solo mantenerlo dignamente nos supone una carga económica insostenible. A veces nos dicen que “son del pueblo” y no les falta razón, son del “pueblo católico” que con mucho esfuerzo y con la generosidad de todos, muchas veces dirigidos por algún sacerdote, han construido sus templos y otros inmuebles, y todavía los mantienen arreglados, porque la vivencia de su fe les ha llevado a encarnarla en instituciones que quizá hoy están abandonadas a causa de que nuestras parroquias se están vaciando de vecinos, pero siguen siendo del pueblo católico que tiene en ellas una expresión existencial de las raíces más profundas de su fe.

En medio de esta complejidad de opiniones, el Sínodo nos invita a que hagamos también presente esa realidad tan ignorada, que a través de las obras de misericordia en la vida cotidiana, sin publicidad, en el anonimato, están siendo el rostro samaritano de la Iglesia. Sería bueno preguntarnos y preguntar a muchos de esos conciudadanos críticos ¿qué sucedería si, condicionados por las presiones económicas, tuviésemos que cerrar algunos de esos centros? ¿Qué haría la sociedad con las personas ancianas faltas de recursos o aquellas aquejadas de minusvalías psíquicas o con otras necesidades, si tuviésemos que cerrar los centros de acogida de las instituciones de la Iglesia por falta de recursos? Y ¿si no pudiéramos mantener abiertos los comedores de Cáritas?

En la próxima Asamblea Sinodal se mostrará ante nosotros y ante muchos

ojos incrédulos y críticos que la Iglesia es una familia con muchos hogares, que no es una multinacional o una sucursal de un país extranjero, sino que es una gran comunidad constituida por muchas personas que se esfuerzan cada día por encarnar en sus existencias, pobres, frágiles y pecadoras, la misma vida de Jesús que se acerca, escucha, perdona, ayuda, cura y se entrega. Vivamos el misterio de la Iglesia con pasión y sintamos en lo más íntimo de nuestra existencia la certeza de que ella nos quiere con corazón de madre.

*J. Leonardo Lemos Montanet*

*Bispo de Ourense*